

2

MARTÍNEZ BARRIONUEVO

EL DECÁLOGO

EL

FALSO TESTIMONIO

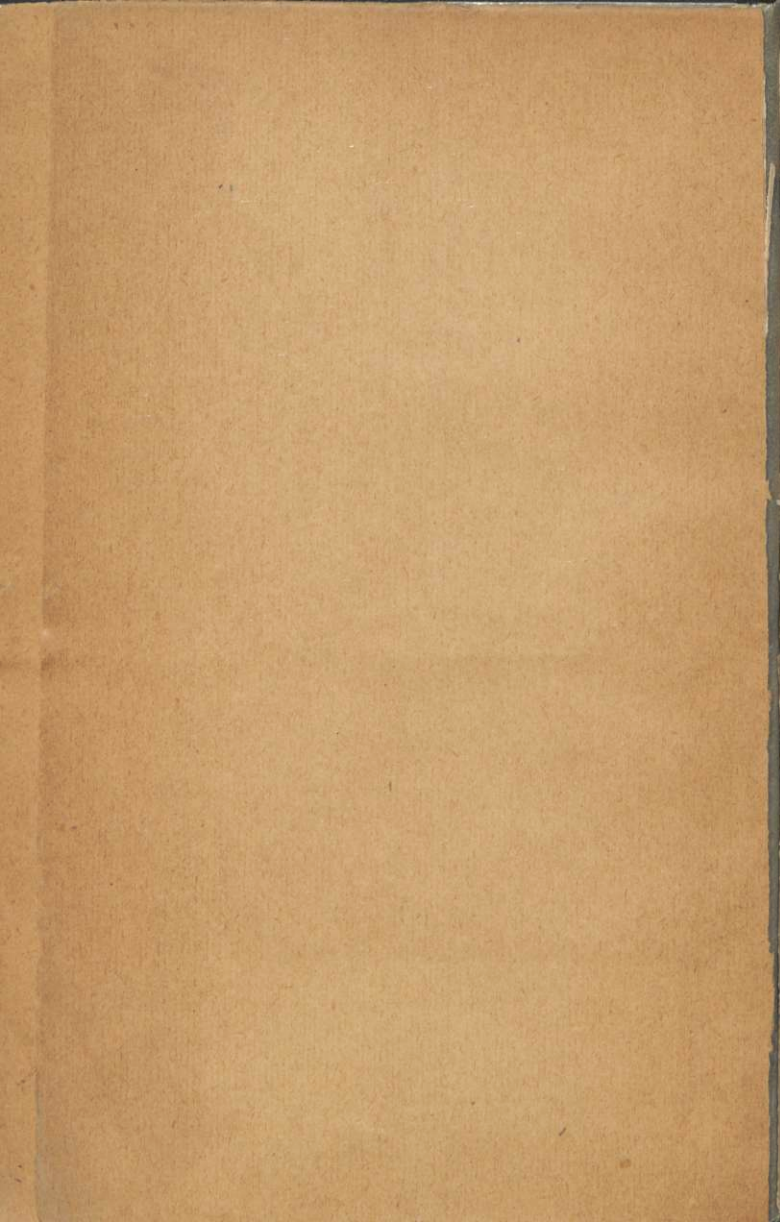
NOVELA ESPAÑOLA

MADRID

Librería de Fernando Fé

Carrera de San Jerónimo, 2

1890



17 cm

R-90847



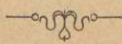
MARTÍNEZ BARRIONUEVO

EL DECÁLOGO

EL

FALSO TESTIMONIO

NOVELA ESPAÑOLA



BARCELONA

A. López Robert, impresor

Conde del Asalto, núm. 63

1890



ES PROPIEDAD

EL FALSO TESTIMONIO



I

No tengo ganas de trabajar esta noche: cuatro meses de ir de acá para allá, recorriendo Andalucía de un extremo á otro, aquí entro, de allí salgo, con averiguaciones y cabildillos, consulta luego, consulta ahora, olfateando como perro de presa en pos de la carne, donde habrá un tipo, que lugar es más gráfico, que costumbre más digna de tenerse en cuenta,—cuatro meses así, acumulando dibujos para

ilustrar una obra que es mi eterna pesadilla, de un escritor á quién me unen estrechos lazos de amistad y de cariño,—bien merece que yo respire un poco, de tarde en tarde, y procure no pensar nada en ese tiempo, que tiene para mí, como lo tiene sin duda para el hombre trabajador, las dulces y misteriosas alegrías, que vé el muchacho de la escuela, en el domingo que ha de llegar.

Soy pintor, por lo que habreis observado; dibujante, para hablar claramente: es un arte bellissimo cuando se gana dinero... en fin; no hay que pensar ahora en tonterías, de lo que yo soy y de lo que seré; sino en la noche divina que he de pasar.

Hermosa noche; el Noroeste de estos días, calmó sobre manera:

voy solo, sin compañía de amigos que distraen; hay en mi cerebro un tropel estallante de ideas: está ple-tórico de todas las imágenes que por mi retina pasaron: quiero luz, vida, desahogo; voy al mar; yo creo que necesito esos vastos horizontes de cielo y agua, para llenarlos con lo que en mi cerebro arde. Salgo al Muelle: ¡El Puerto! ¡La Bahía! La luna ilumina las olas que chis-pean, como si una falange de extra-ños génios me mirara desde el fon-do del abismo.

Me embarco, y mar adentro ya, miro en un lado y en otro, como quietos fantasmas, multitud de embarcaciones pequeñas y grandes, los botecitos, primeramente, fijos allí, como pájaros negros y las go-letas después, los bergantines, los

brik-barcas, las corbetas y las fragatas, los faluchos, los escandrayes, todos con su farolito de luz blanca en la parte de proa; la sombra de la Castilla se mece con el fino oleage; en la mancha negra de sombra, métese mi bote.

—¡Ah del bote!—gritan en el puente.

—¡Largo!—contesta el botero, —y seguimos allí, para contemplar, iluminándose vigorosamente por la luz de la luna, otro crucero hermoso y gallardísimo; es el Gerona: allá está el Cocodrilo, y mas lejos, la pobre Carmen; desnivelado el eje; las chumaceras medio desprendidas, zafados los pernos, aventadas las costuras, rifadas algunas de sus velas, dolorida y maltrecha, en fin, entrará mañana la Carmen

en el arsenal, á media máquina y con los mastelerillos calados, como triste ninfa á quien el mar, amante desdeñoso, arrojó de su seno.

Conmovido ante el cuadro de imponente y silenciosa majestad, vuelvo la cabeza y contemplo á Cádiz como gaviota que duerme tranquila, hundiendo en las aguas su fino plumaje; creo ver allá la torre Tabira con sus ventanillas, como los ojos abiertos siempre del fantasma de la tradición: há luengos años, centinela constante, un hombre aguardaba allí, ver á lo lejos los grandes galeones cargados de oro de las Américas. Aún está el vigía... Pero ¿qué aguarda ya? ¡Oh, mudanza del destino! Tú, Cádiz, monopolizabas al mundo, con tu riqueza y tu esplendor, y hoy te mo-

nopolizan los gallegos y los montañeses! Tú pagabas á los demás tu monopolio, dándoles riquezas también, y cultura, y los gallegos y los montañeses te pagan á tí... con vino malo, pescado frito y pan de patas; de patas ¡sí! Ni te lo amasan con las manos siquiera, para más aseo.

Tú, Cádiz, te has dejado sacar el oro con indiferencia: con la indiferencia que un filósofo ya cansado de vivir se dejaría sacar su sangre; tienes ya fama de pobre, y te veo siempre con elegancia, con lujo, y hasta con esplendor; ó no es verdad tu ruina, ó tu dignidad y tu orgullo, como sucede á los viejos aristócratas arruidados, te hacen resplandecer en tu misma pobreza.

Recuerdo á Málaga, á Sevilla,

Córdoba, los otros pueblos andaluces, y te admiro; no tienes pobres, no tienes ignorantes, no tienes tios valerosos, ni dañinos revisteros de salones como el que salió á unas damas malagueñas, á quienes prepara quien yo sé, sorpresa agradable, reproduciendo y comentando las travesuras literarias de Emilio. Para la calle de las Sierpes y la de Granada y las otras principales, de los pueblos andaluces, esta tu calle Ancha, donairosa, rozagante y alegre, como chiquilla con novio al brazo y traje dominguero; para los barrios de Triana y del Perchel, están tu Santa María y tu San Severiano, y para la famosa Coracha malagueña, tu campo del Sur, que da tres y raya en la más salerosa granujería; á los Rinconetes y Cor-

tadillos de nuestra edad; allí saltan y juegan los del bote, los del marisco, y los clásicos almadraveros de las copejaduras, héroes del hampa, tunos por excelencia, reyes y emperadores de la malicia, del gracejo y de lo demás que sigue; los que hicieron afirmar á Cervantes, que para ser pícaro de verdad, se necesitan tres cursos á lo menos de almadravas.

En el hervor de espuma que el remo hace, me parece oír el chirreo del aceite en la sarten del freidor; fingeseme ya la multitud apiñada para tomar el frito; mozas y viejas, chicos y grandes, humildes y excelsos, todos están allí en apretado grupo de caras impacientes, que se iluminan vigorosas, con los tonos del *chiste* y la llama que sale al-

guna vez del hornillo, para escon-
derse después rápidamente como
diablo retozón. Tras este cuadro tí-
pico vienen otros á mi memoria, y
veo las lindas figuras palpitantes de
las gaditanas y oigo los gritos y las
coplas y el puntear del guitarrero de
los festejadores domingueros de
Puerta de Tierra Veo lágrimas de
un dolor silencioso y grande en las
pobres mujeres que pululan junto
al sombrío *caserón* blanco de la Ca-
rraca, esperando ver á su desgra-
ciaito, el desgraciaito de pantalón
castaño burdo, de camiseta encar-
nada, de gorra de la misma tela del
pantalón, y de grillete al pié. Pasa
la imaginación de este cuadro negro
de tragedia á otro vivo y chispean-
te, y ve la fantasía surgir á tu ciga-
rrera. Allá vá, Cádiz, un grupo de

mujeres de tu Fábrica de Tabacos; no son las de Madrid, ni santanderinas, ni sevillanas: son tuyas, son típicas, las das tú solo; ¡allá van! me seducen, con su misteriosa mezcla de señorío y democracia. Se me figuran princesas venidas á menos.

Me dice el granuja del bote que hay tierra próxima y miro allá; veo muchas cintas de nieve, y montes de espuma, como brillantes constelaciones blancas; son las salinas; parece que en este punto se une toda la sal que sobra á las mujeres de Andalucía, para que se las lleven los barcos noruegos á esos países frios y serietes: ¡Vayan con Dios por lo salado! Pero no se llevarán de este cielo las diafanidades y las risueñas alegrías que envuelven á la gaditana, ni de este sol,

las brillantes aureolas que la iluminan! ¡La gaditana! Cervantes pregonó un día su belleza, la pregonó Byron después; la pregonaron otros luego y hoy la pregonan el *michi*

El *michí*, el caballero, ó el guardiamarina, que todo es igual, es digno de mención por cierto; en las calles, en las plazas, en los paseos, en las reuniones, en los teatros, en las iglesias, en las torres, en la sopa, en el ambiente, en el hálito mismo que vá á sus pulmones, allí está el *michí*: hay algunas niñas que se desojan por ellos y ellos van detrás de todas; galantean, bullen, se agitan, obtienen la mirada ó la sonrisa de unas, no obtienen nada de otras, pero van luego por esos mundos en su barco-escuela, vociferando cosas lindas de Cádiz, como si en

vez de soldados, pagase el Gobierno un tropel de furiosos propagadores del salero, y de la donosura de estas mujeres.

¡La Gaditana! pintándoos á vosotras, yo amasaré siempre los colores de mi paleta, con lágrimas de cariño á vuestro recuerdo y con oleadas del sol que chispea en vuestra sangre, para que tenga mi palabra el encanto, la alegría, la belleza y el fantástico y puro materialismo de la mujer del pueblo, al alzar en una mano la caña de manzanilla, al echar atrás la cabeza de pelo azabachado, entretegido de flores, y al terciarse el rojo pañolón de seda, cuyos flecos les caen por la nieve del brazo desnudo, como hilos de sangre de las heridas del amor.

El bote sigue con lentitud y se

balancea con el lujorioso desmayo de una danza del día; reina un silencio de sepulcro y vá escondiéndose la luna como espantada de tal quietud; interrúmpese el silencio alguna vez con lamentosos gritos; vibran en los aires como notas tremebundas los alertas del portalón de estribór y portalón de babor, y vuelve la calma otra vez.... ¡Sole-
dad! ¡Misterio! Cádiz perdido ya en la sombra, la luna que muere, y las olas que se besan, contándose á la par no se que cosas en apagado cuchicheo.... ¡Oh Dios mio! Escúchase ahora vibrar una guitarra, se oye un canto popular;

Virgen mia de mi alma,
Ten piedad del marinero,
Que se me muere la novia
Y estoy en mi barco preso.

Queda el corazón helado al oír la copla; el lúgubre y misterioso eco de este poema de lágrimas, se pierde en las cavidades del mar, como el *Eco* de la leyenda de Loreley; sigue la música de la guitarra y sigue el pobre marinero andaluz cantando el melancólico y escondido drama de su prisión y de la novia que se le muere.





II

ME complace recordar aquellas horas porque, traen á mi imaginación pensamientos extraños que acaricián al espíritu y hacen vibrar la idea. Había salido ya el sol: sus rayos luminosos besaban las olas afablemente y destellaban allí en el movable balanceo, como una lluvia misteriosa de lágrimas de oro. ¡Qué contraste de ideas en aquel punto, con las que me dominaban anteriormente! Pero todavía quedábanme

á la verdad, otras impresiones que sentir.

El acaso me recordó aquella mañana, que en una de las embarcaciones noruegas surtas en el puerto, por aquellos días, esperaba mi visita cierto amigo, también del acaso, á quien conocí en la fonda y á quien traté muy superficialmente. No obstó esto para que yo cumpliera mi palabra de visitar su barco: dije al botero que hiciera rumbo hacia allá, y un cuarto de hora después, anunciaban al amigo mi visita.

Me recibió con un afecto que casi me hizo considerarle como amigo de verdad. Me enseñó su buque, del que era jefe omnímodo, y quedé prendado de aquel diminuto palacio flotante, que no me meto á

describir, porque no entiendo mucho de esas cosas y podría disparatar, como disparatan muchos autores. Hablamos largamente de cosas insulsas, porque mi amigo, con perdón de su ausencia, con ser capitán de barco y todo, solía hablar insulseces, con más frecuencia que algo de provecho.

¿Por qué no lo he de decir? Empecé á cansarme. Me despedía ya del hombre, cuando le oí esclamar, como si hablara con otra persona á quien yo no distinguía aún.

—¡Cómo, Ernesto... si le creía acostado!

Volví la cabeza maquinalmente hacia la persona á quien mi amigo se dirigió, y su aspecto me causó impresión muy honda.

—Supe que estaba este caballero

á bordo,—contestó el llamado Ernesto,—y quisiera hacerle una súplica.

Saludóme atentamente al hablar así, y yo contesté saludando lo mismo:

—Estoy á sus órdenes, señor.

El capitán del buque, mirábanos á los dos de una manera particular: me pareció que titubeaba algo; pero como decidiéndose después, tomó la palabra así, para hacer la presentación del desconocido:

—Don Ernesto Marsal, ingeniero mecánico y doctor en Filosofía y Letras.

Luego, dió al otro mi nombre, mientras yo le observaba curiosamente.

De seguro, no habría llegado aún á los treinta años. Era alto, more-

no, de porte distinguido; vestía con elegancia y desaliñadamente, lo que hacía su elegancia más notable aún. Sus pómulos eran algo pronunciados, la nariz regular, la boca grande, de labios gruesos y la frente despejada. Tenía fuerte y sedoso bigote, barba puntiaguda, cabellos negros espesísimos, y ojos negros también, grandes, profundos, muy dulces generalmente, pero como si destellasen en ocasiones, con algo de febril.

Después que el capitán hizo convenientemente la mútua presentación, dijo Marsal dirigiéndose á mí:

—Doy á V. mil gracias por sus atenciones y celebro de verdad haberle conocido. Entendí que iba V. á Málaga.

Yo iba á contestarle que ni por

el pensamiento habíame pasado visitar á Málaga por entonces, pero me hizo el capitán una seña furtiva, por la que comprendí dábame á entender, que no contradijera á Marsal en ninguna cosa. Por eso, en vez de contestar lo que había pensado, me limité á decir sencillamente:

—Sí, esta tarde misma partiré.

Pero la procesión iba por dentro, y á pesar de mi aparente indiferentismo, estaba yo con una curiosidad que no vivía, por saber de una vez quién era aquel hombre.

—Cuanto me complace—había dicho él, envolviéndome en una inmensa mirada de gratitud.

—Me congratulo infinitamente,—dije.

—Gracias. ¿Sería V. tan amable que quisiera entregar una carta mía á cierta persona?

—No tengo inconveniente; al contrario, me creeré muy honrado con su confianza.

—¿Me permite V. que vaya por ella?

Yo me incliné, dando gracias á Dios dentro de mí, porque iba á dejarme solo con el capitán, algunos momentos.

—¿Quiere V. decirme lo que esto significa? — pregunté á mi amigo precipitadamente, cuando el otro se alejó.

—No está en su sentido,—contestóme el capitán.

—¡Diablo! ¿Es un loco?

—Un loco.

—¡Demontrel Permítame V. que le diga, que no es un buque mercante, el establecimiento más á propósito para curar esas enfermedades.

Movió el capitán la cabeza de un modo casi imperceptible.

—No es mi barco un manicomio ciertamente; pero le conduzco á Barcelona para que ingrese en el manicomio de Nueva Belén; es decir, yo no le conduzco, le conduce el barco, y acompaña á ese pobre señor un hermano suyo, médico de gran renombre. Parece que decidieron hacer el viaje por mar, porque el tren le excita extraordinariamente, atacándole al sistema nervioso; todo lo contrario de lo que en el viaje por mar le sucede.

No pudo proseguir el capitán, porque estaba ya el otro de vuelta. Traía un abultado sobre en la mano, que me entregó abierto.

—Supuesto que es V. tan amable,—decía á la vez,—aquí tiene la

carta. Hará el favor de preguntar en el número 13 de la calle de la Concepción, por la Srita. Constanza de Contreras. Le será á V. muy fácil conocerla: es una muchachita delgada, con alguna esbeltez, de ojos negros muy dulces, muy cándidos, de boca un poco grande, de manos así, algo huesosas. Le parecerá á V. como cansada por flagelaciones del poco desarrollo. Viste muy sencilla, y alrededor de los ojos tiene muchas veces unos círculos morados, con ese color de los lirios que perfuman el monte.

—De ningún modo se me despin-
tará esa señorita, exclamé son-
riendo.

Se inclinó Marsal con mucha sa-
tisfacción, me ofreció su casa dán-
dome un apretón de manos formi-

dable, y saludando al Capitán, se retiró después lentamente.

Mi amigo, sin perderle de vista, hizo cierta señal á uno de los marineros. Se aproximó éste y le habló el Capitán en voz baja. El marinero se fué y el Capitán me dijo entonces:

—He hecho avisar á su hermano, que no le ha visto salir sin duda: nunca, hasta hoy, se le ha ocurrido aparecer á tal hora sobre cubierta.

—Pero ¿cómo pueden dejarle en esa libertad?—pregunté admirado.
—¿Qué clase de locura es la que sufre?

—Respecto á la libertad, el médico que lo permite, es responsable, y ya sabrá á lo qué atenerse por su doble responsabilidad, siendo hermano suyo á más de médico. Res-

pecto á la clase de locura, no sé qué decir á V.; yo solamente sé una cosa y es, que no me parece loco, ni le parece á nadie que le vió.

La locura consiste, hoy por hoy, en estar todo el día de Dios escribiendo cartas de esas: siempre tiene una porción preparadas y no hay una persona que con él hable, á quien no le suplique inmediatamente, dejar la famosa epístola en el número 13 de la calle de la Concepción, y en manos de la señorita Constanza de Contreras, en el supuesto de que todos aquellos á quienes da la epístola, se dirijen á Málaga irremisiblemente.

—Qué cosa más originall

—¿Ha visto V? pues hay otra cosa más original todavía.

—¿Y qué es ello?

—Un día, preguntando yo á su hermano si tenía esperanzas de curarle, me contestó encogiéndose de hombros: La tengo algunas veces, pero me desanimo con frecuencia.

—Figúrese—prosiguió el marino; —yo estaba entonces con la misma curiosidad que V. ahora. Preguntándole en qué consistía aquella incertidumbre de confiar unas veces en su cura y desconfiar otras, se explicó así:

—Desconfío más que espero; ¿usted vé que siempre que se pone á escribir, escribe la misma carta? pues la esperanza de mi corazón se cifra en que alguna vez la escriba de otro modo, en que alguna vez se equivoque, en que alguna vez ponga el encabezamiento más arriba ó más abajo: bastaríame eso

nada más, para confiar ya ciegamente en su cura.

No supo decirme otra cosa el capitán, y yo quedé con grandísimos deseos de conocer las causas de aquella locura, así como había conocido al loco. Quedamos en vernos al día siguiente, y yo me alejé, muy preocupado. Cuando estuve en el bote y á cierta distancia del buque, me acordé de las últimas palabras que el capitán me dirigió: fueron éstas: «Lea V. la carta sin preocupación ninguna. No será abuso porque las escribe a montones y resultan ya circulares; puede decirse que casi la sabemos todos de memoria. V. que es tan aficionado á ciertos estudios, aun que no sea escritor de oficio, puede que halle asunto para escribir algunas pági-

nas de bastante interés, con lo lectura de ese famoso documento.

Lo hice pues, como el capitán me lo había dicho, y me puse á leer ávidamente lo que encontrareis en el capítulo que sigue.





III

ESTA que escribo á vuela pluma y sólo para que tú la leas, me está pareciendo que ha de llamar mucho la atención de las gentes, porque se dirán mirándose, burla burlando, con risas y lástimas:

—Oye, ¿no ves? ¡La carta de un loco!

Sí yo no te tuviera aún respeto, diría que la loca eres tú; pero loca de remate; tan loca, que tratas de volverme el sentido y se lo has de

volver á todo el mundo: Pero no quiero hablar aquí ahora de tu sentido ni del mío, sino explicar muy claro el por qué la gente leerá mi carta, la comentará despues, é irá de este al otro lado con el documento y con mi nombre de boca en boca, cuando es la verdad que sólo está la carta para tí escrita, sin que ningún humano ó divino, que para mí es igual, debiera traslucir, en su vida mortal ó eterna, la noticia de que te escribieron y de que fuí yo.

Cierto es que nadie debía traslucirlo, pero como la locura mía la has causado tu, y gusta al verdugo enseñar el tornillo con que agarrota y el hacha con que cercena, por esa misma causa tú cantarás á grito pelado, para que los sordos te oigan, que yo te escribí una carta y

que en ella te dije lo de más acá y lo de más allá, queriendo demostrar así que mi locura es de remate y locura sin cura... ¡Ay, Dios mío! ¿Por qué me duele el alma pensando en que tus angelicales dulzuras de otros días se convirtieron en odio contra mí, cuando si es verdad que me volví loco fué por tu cariño!... ¡Loco!... ¡Loco yo, que tan cuerda-mente expreso mis ideas!... ¡Loco yo, que vivo en este palacio encantado de piedras preciosas y de columnas de oro!...

¿Tú no has visto mi palacio? Yo te lo describiría aquí con sus pelos y señales... ¡ya ves que barbaridad, que extravagancia! decir que un palacio tiene pelos. En fin, vosotros, los que estais en el uso cabal de la razón, lo decís así, y no es

posible que un loco lo diga mejor que un cuerdo.

Te describiría, pues, mi palacio, con sus pelos y señales, si yo supiese que ibas á comprender la explicación; porque tengo la seguridad de que, lacrimosa y compungida, y ocultando la risa que por dentro te retozara, ocuparíaste en pensar que un loco solamente puede escribir locuras y no de fijar el pensamiento mesurado y afanoso para entender si alguno cuerdo encontrabas en lo que el demente dijera... ¡Ay, santa de mi alma!... Siempre que te voy á decir santa me acuerdo de los demonios y viene á mis labios la palabra. «¡maldita!» Pero, ¡qué quíeres, ángel de mi corazón!.. Siempre están mis labios próximos á acogerse á la santidad, antes que

al infierno, ¡Si hubiese alguno que me pudiera definir lo que tienes tú de culebra y lo que tienes de ángel... Se me figura en ocasiones que te veo la cola de escamas, con anillos azules, que me aprietan que me están ahogando, y las alas de oro refulgentes, que me acarician, haciéndome aire en el rostro, un airecillo perfumado y mareador, como aquel de la primera rosa que deshojamos juntos.

A tí no, ¡a mi madre! á mi madre, que es más buena que tú, á esa es á quien yo debía contar mis alegrías,... porque yo estoy alegre, ¿lo sabes? Yo estoy alegre, y no me desmientas queriéndome probar lo contrario y diciéndome que sufro, porque sería capaz de destrozarme el corazón con las uñas, de rabia de

quererte tanto. Si yo estoy alegre, ¿por qué has de negarlo tú? No, no.... ¡madre de mi alma! que ella me ha vuelto el juicio; ¡dile que no! ¡Qué yo estoy contento, qué huya de mis insomnios, qué yo no la vea, que me ahoga!.... ¡Madre, madre, que me ahoga! Pero, ¿no ves? Si es que me ahoga la risa!... ¡Y dices que no estoy alegre!... Tengo yo un palacio... verás; pero procura no enterarte, ¡ay no!.. que te adoro aún, y no quiero que te mueras; porque te morirás ¿tú sabes? ¡Habrás de morirte despacito, muy despacito, así como la envidia se va agarrando al corazón! Pero no quiero que te mueras. ¡Pobrecita! ¡Tienes los ojos tan dulces! ¡Si vieras tú como parece que me miran muchos ojos, muchos, iguales que los tuyos,

en las noches apacibles, cuando está el cielo cuajado de estrellas! ¡No, no te mueras nunca! Eres la mujer que yo había separado de las otras, para poner en tus entrañas mis hijos, unos niños y unas niñas con los cabellos dorados y los ojos azules, vestiditos de seda blanca y con alas de hojas de flores muy tenues, muy finas, muy suaves, como para que pudieran volar y venir á este palacio encantado, que hice yo, de piedras preciosas y de columnas de oro!

Es grande mi palacio, grande como ninguno de esos de la tierra mezquina; lo he construído sobre la veleta de la torre que hay en el jardín del manicomio; por este motivo, *gira* mi palacio á *todos vientos*; es un gran espectáculo, *variadisi-*

mo siempre, el que desde sus miradores se distingue; estos miradores fueron labrados, de mi orden superior, por un artífice que vestía hopalanda azul y bonete rojo; son las maderas de un árbol que yo sembré, cuando pasaba todavía por cuerdo; están tachonadas con granates, perlas y záfiro. No diré cómo están las habitaciones del palacio distribuídas, porque sería de muy difícil comprensión para un mísero cuerdo, pero sí haré constar, para asombro de quien mi carta lea, que tengo por habitaciones en el alcázar, un cielo, una mazmorra, una casa de locos, una guardilla, un infierno y un limbo.

La habitación del cielo es para meterme en ella, cuando me doy á pensar en tí; la mazmorra, para

cuando me dedico á indagar lo negro que de pronto se pondría tu corazón puesto que así me matas y tan divino era; enciérrome en la guardilla, al pensar en las causas de tu abandono; caigo en el infierno de cabeza al recordar todas las bondades tuyas, sin explicarme el motivo de tu súbito horror á un cariño por el que tantos sacrificios hacías; es el limbo para pensar en tus inocencias, tus castidades, tus rubores, y la casa de locos.... es la tuya.

En mi sala del cielo he mandado colgar un columpio: es el columpio una bella concha de nacar fina; la fileteé de diamantes, recordando el brillo de tus ojos; sostiénese la concha como tú te sostenías al amarme, con dos hilos muy tenues, uno de lágrimas y otro de ilusiones;

comparo á esa concha contigo, ¡pobre amada mía! ¡algo grande pesó sobre tí, y aquellos hilos misteriosos de ilusiones y lágrimas se hicieron pedazos! ¡Qué misterio más triste la evolución tuya!... Por eso yo me columpio siempre *metido en mi concha*, pensando en tu carácter y viendo á mis piés, de rodillas, la corte grandiosa de damas, pajes, escuderos, monos y demás gente menuda que tengo bajo mi santa autoridad.

Mis favoritos, los que gobiernan mi palacio, mi pensamiento y mi corazón, son tres; un genio, un ángel y una sirena. En las tardes plácidas de estío, cuando el sol va declinando suavemente y susurran las brisas dulces quejas de las que yo te contaba al oído en un tiempo

en que tú solías llorar de emoción oyéndome; cuando allá lejos miro las olas del mar estrellarse blandamente sobre los guijarros y las arenas de la playa, rodéome entonces de mis favoritos, enciendo los hilos de mi columpio, en llamaradas de pasión y alegría, ilumínase la concha con los colores del iris, y con cierta original batuta que hice yo con la canilla de un muerto, dirijo la gran sinfonía monstruosa de mundos que estallan, rayos que vibran, planetas que chocan, infernal baraunda donde sacude la serpiente su larga cola, ruge el león, el tigre brama y vuelan por los espacios sobre mi cabeza con aleteo que trepida como el rugido de las tempestades, endriagos y alimañas feroces; todo lo cual sale de mi ce-

rebrotó atropelladamente cuando toco
yo en él con la punta de la varita
de la virtud. Declina en esto la tar-
de, llega la noche, surge la luna,
doy una orden á mi genio favori-
to, saca una llave de acero dura
como mi constancia y brillante co-
mo tu artificio; sube el genio en
mis hombros, abre una puertecita
que tengo en la mollera y entonces...
¡Oh! De mi meollo que parece una
caja de rapé, esperando las puntas
del índice y pulgar de cualquier
sujeto, sale humo, mucho humo,
después unas llamitas azuladas y
tú al fin vestida de blanco, igual
que aquellos niños de tus entrañas,
de ojos azules y cabellera blonda.
¡Tú eres, sí, santa de mi alma, tú
eres, y yo me hincó de rodillas y te
rezo y te imploro y te pido perdón

y tú sonries y yo beso llorando la túnica flotante que te envuelve! ¡Te veo allí con sonrisa de ángel triste, resignada, llorosa, desbandado el cabello en señal de luto, humilde, buena, con los divinos ojos de mi corazón alzados al cielo, las manos cruzadas en ademán de súplica, la carita pálida como de muerta y tienes flores en las manos y corona blanca en la frente, todo níveo, poético, emanando suave perfume de gloria, entre nubecillas que flotan como el incienso y la ilusión..., y nos metemos en la concha del columpio, nacarada y con filos de diamantes y vamos columpiándonos embebidos en dulces gozos, teniendo como arrullo de nuestro embeleso purísimo de amor, aquella gran sinfonía tremenda de mun-

dos que estallan, rayos que vibran... hasta que los hilos del columpio se parten, la concha se hunde, nos estrellamos y abur Perico.

Otras veces, hago que surga el mar delante de mí; veo sus olas azules, con ráfagas de oro, de los reflejos del sol, y plumizas con los tonos de las nubes; las olas cantan dulce melodía, como aquellos gorjeos tuyos entonados en mi oído, y yo vuelo mientras tanto por los aires sobre el mar arrullador, y vuelo solo porque procuro alejar á mis favoritos. El genio encarámase en una peña; se monta el ángel en una nube y la sirena se tira al mar, y va entre las aguas, sonriente y divina, con aquella hermosura fantástica y aterradora, como la que tú tienes. ¡Es una sirena creada por tu

modelo! Escóndese de pronto entre las aguas, flota allí con suavidad, culebrea diestramente y deslumbra la vista un esplendor,—como el de tus ojos,—que brota de aquel medio cuerpo suyo de escamas.

Yo vuelo y sigo por los aires; llevo en una mano mi palacio, para cuando quiera sentarme á descansar en el columpio de la sala del cielo, y en la otra mano, la última carta tuya, que me parece,—aunque el símil lo creas tonto,— un altar socavado.

Deténgome á lo mejor en las alturas; y al momento, sin que yo lo ordene porque ya están acostumbrados, el genio dicta desde la roca, el ángel escribe con pluma de oro en el cielo, y la sirena canta en el fondo de los mares. ¡Cuántas lágri-

mas! ¡Cuántas amarguras! ¡Cuántas pasiones veo yo en esos cantos populares, quejumbrosos y dulces; ardientes como el beso meridional; agudos como la daga milanese; rítmicos y fantásticos como canción morisca; rumorosos y embriagantes como las brisas perfumadas de Laconia; esos cantos de tu país, ¡el país de los viejos castillos romanos! ¡Las mezquitas moras! ¡Las catedrales cristianas!

Sigue la sirena cantando mientras yo no le ordene otra cosa. Si pienso en tu corazón y en mi constancia,

«Agüita que cae—cae,
cécate ya en donde brotes,
que es mentira que la piedra
se ablade á fuerza de golpes »

Cuando se fija mi pensamiento

ardoroso en la situación horrible de que tú murieses sin yo estar á tu lado; sin yo velar tus noches de delirio, de rodillas ante tu cama; sin yo cerrar tus ojos después de muerta. ¡Dios mío!

«¡El día que tú te mueras
que guarden el cementerio!
No quiero estar en presidio
por profanar á los muertos.»

Si como ráfaga de centella ilumina mi imaginación el recuerdo de la noche que pasaste por mi lado, tranquila y dichosa, la vez primera que te ví después de tu abandono, tiene entonces la copla algo de lúgubre y sollozante:

«¡Cuando pasó por mi lado
la vió de reír la gente,
y un poquito más arriba
cayó muerta de repentel»

También tengo celos; también me acomete de tarde en tarde, algo así, como desesperación y vértigo de horrores; algo que metaliza mi voz para que se convierta en rugido vibrante; ¡pienso en mi madre! ¡En tí! ¡En que hay otros hombres!

«Culebrillas tengo, ¡madre!
liadas al corazón.

Yo la quiero y quiere á otro...

¡Arráncamelas, por Dios!»

Un día, yo no sé cómo cantó la sirena, pero me hizo mucho daño, mucho, santa de mi vida; no puedo definir lo que encontraba en sus canciones. ¡Ay, qué martirio! Yo no tenía ya deseos ningunos; cesé de dar vuelos; tan distraído iba, que por poco si caigo al mar al encoger un ala; estuve en una de las habi-

taciones de mi palacio y me puse más triste todavía; era esta habitación la de la *casa* de-locos.

Tu padre, adusto el ceño y paseándose con las manos cruzaditas atrás:

—Ya ves que no es posible que á él te unas, es un asesino; ha incendiado y ha matado; el otro día se comió de un golpe media docena de muchachitos que iban al colegio agarrados de la mano, por cierto que uno de ellos, que no sabía bien la lección, la iba repasando cuando cayó al estómago.

Tu mamá, abanicándose con mucha fuerza:

—¡Qué sería de tí, con un hombre que se come á los niños crudos cuando van á la escuela y todo!

Tu hermana, muy seria, muy ceremoniosa:

—¡Vaya con la niña! Querer á un hombre que para quitarse el sombrero, lo coje por el lado y no por el frente! ¡Qué se ha dejado el bigote y se afeita la barba! ¡Qué al sentarse un día, dobló el cuerpo un poco!... ¡Vamos, mujer, no seas local!

El gato:

—Miau... Miau; que equivale á decir: nada; que ese hombre no te conviene.

El Perro:

—Guá., Guá, que se traduce,—niña, evitemos un disgusto.

Cuando yo ví la manera que tenían todos de acosarte porque me odiaras, salí muy triste; por eso me hacía tal impresión el canto de la sirena.

—Cállate,—la dije de mal humor.

—No me da la gana, — repuso la traidora, — y con liviano movimiento, se hundió en el mar: sacó luego la cabeza y el busto, llenos de perlas y espumas y siguió cantando la muy bribona:

Cuando me muera, te pido,
por Dios que me des un beso,
para que no esté en la caja
penando después de muerto.

Desde que tú no me quieres
mi corazón es el mar;
que las penas cual las olas
unas vienen y otras van.

Al ladito del orgullo
sembraron el sentimiento:
lloraban allí las flores...
y nació tu primer beso.

Hice yo de tu cariño
barco para navegar;
era muy chiquito el barco
y naufragó en alta mar.

Suspirillos de la tierra
son las flores cuando brotan;
y son los suspiros tuyos
suspiros de *malva-local*!

Quisiera yo publicar
cosillas que están guardadas,
escribiéndolas con sangre
en las nieves de tu cara.

Lo que yo luché y sufrí
para darte el primer beso,
lo tiene Dios apuntado,
con rayitas en el cielo.

Al Padre Santo, mi crimen,
llorando le confesé;
y el Padre Santo me dijo
que te matara otra vez.

¡Ah, pérfida sirena, como se bur-
laba y se burla aun de mi corazón
llagado! Desde el día que se reveló
contra mi autoridad, no deja de
atontarme un minuto con sus co-
plas, que yo no sé de donde saca,

porque al ángel le he roto la pluma para que no escriba y le he cortado la lengua al genio para que no hable. Yo tengo que oirla y me desespero, me vuelvo loco, no; la sirena dice esas cosas, de envidia que tiene á la muchachita de corona de flores en la frente de cara amarilla y suave como las hojas de los lirios, de manos cruzadas que piden á Dios misericordia por mí. No tengas tú cuidado, sirena infame; huyes constantemente, zambulléndote en el agua y cantando; huyes y haces bien, porque como te coja, te doy *ahogadillo*, por meterte en camisa de once varas. Quedáronse para mi consolación el genio y el ángel,—un par de buenos chicos.—Cuando después de mis fúrias, voy entrando en calma, y me da por el senti-

miento, y se me encoge el corazón ante la idea de aquellas dulces horas de amor bendito, como yo estoy loco y los locos no lloran, digo al ángel que llore mis penas. Y al ver sus lágrimas me alivio mucho, porque me acuerdo de la Virgen y me acuerdo de Dios.

El genio se dedica á otras faenas.
Le dá betún á mis botas. .





IV

Figuraos mi sorpresa mientras estuve leyendo la estrambótica epístola. Nunca tuve conocimiento de un lance tan original. Leí el documento dos ó tres veces, sin volver de mi asombro; ni en una novela fantástica habríase encontrado una cosa así... y no me era posible dudar: yo no soñaba; el loco existía, la carta aquella se escribió, el autor había sido aquel hombre con quien hablé poco antes á bordo del buque.

—Vamos á ver—decíame yo á todo esto: —¿Existirá esa mujer efectivamente, ó será un aborto de su misma locura? ¿Habrà en Málaga alguna calle que se llame de la Concepción? En Málaga nací, conozco á Málaga perfectamente, es verdad, pero no recuerdo esa calle; hago memoria sólo, de una callejita corta y estrecha, pero recuerdo que el número de la casa indicada por el loco es el trece y la calle de la Concepción que anda por mi idea, figúraseme que no suma ni cuatro casas en junto.

Pero no era este el tema principal de mis elucubraciones; había otra cosa más importante; había otra cosa de más transcendencia; había el estudio de aquel acabado tipo moral que se me presentó á bor-

do del buque noruego, en la forma de aquel joven hermoso y dulce, de mirada febril y de ademán digno. Aquel joven que me entregó la carta para la señorita de Contreras.

No salía yo de mi estupor: era un asombro como el que pudiera experimentar únicamente un alma proterva hallándose de súbito en presencia de Dios, que la bendice y la perdona. Aquella carta del loco fué una revelación para mí, fué el poema del cielo, donde los ojos de mi espíritu se recrearon, fué la confirmación absoluta de la existencia indudable de la superioridad de ciertos espíritus. Aquellos discordes párrafos, eran una grandiosa sinfonía del alma que no puede sujetar al pensamiento voluble, por la enfermedad que le acongoja. Un hom-

bre que escribía aquello, fuese en su cabal estado de razón ó perdida la noción de las cosas, tenía que ser indispensablemente un gran cerebro y un alma verdaderamente grande.

Fueron motivo esas elucubraciones mías, para que aumentase mi curiosidad: siglos parecieronme las horas; no podía ir á Málaga entonces, porque mis trabajos deteníanme en Cádiz. Telegrafié á un amigo íntimo pidiéndole se informase de si existía una casa con el número 13, en la calle de la Concepción, y si vivían allí unas señoras de Contreras. Pasé la noche inquieto, como si aquel asunto fuese de gran interés para mí. A la mañana que siguió, fuíme derecho al buque, á ver á mi amigo el Capitán, esperanzado

de hablar de nuevo con este motivo á Ernesto Marsal, y de hacer conversación igualmente si era posible con aquel hermano médico de que el Capitán me habló.

Pero tuve un desengaño; mi amigo fué á tierra muy de madrugada. No se sabía fijamente la hora en que había de volver. Ernesto Marsal, no había salido aún de su camarote, y el Doctor estábale acompañando. Mi presencia á bordo carecía de objeto. Llegué á la fonda de muy mal humor, encontrándome allí con un despacho de mi amigo el malagueño, participándome que en Málaga no había calle alguna de la Concepción con casa que tuviera el número 13, y que en la única calle de la Concepción que había, con cuatro ó seis casas solamente, no

habían vivido ni vivía quien se apellidase Contreras.

No creais que esto disipó mi curiosidad; aumentóla, por el contrario.

Al caer la tarde, tuve una comezón grandísima de volver á bordo; quería contener mi impaciencia y érame imposible. Me embarqué, en efecto, y al llegar adonde el buque estaba anclado, me encontré con la novedad estupenda de que zarpó al medio día, con rumbo á Barcelona.

Figuraos el asombro en que yo quedé y la excitación de mi curiosidad. Creí, por un instante, que todo aquello hubiese sido una burla de aquel noruego amigo mío, de cabellera de color de manteca de Flandes.

Bien pronto deseché tal idea, pensando, con razón, que era muy soso el individuo á quien me refiero, y muy seriote, además, para meterse en tales asuntos. Volví á mi casa, pues, mohino y bastante contrariado, y al llegar á la fonda hallé una carta dirigida á mi nombre y firmada por el de los *pelos pajizos*. Era muy breve; despedíase de mí con mucha finura, y justificaba lo imprevisto de su partida hacia Barcelona, con la enfermedad de Ernesto. El Doctor Marsal, su hermano, habíaselo pedido así, y como no le detenía nada en Cádiz, además de tener un gusto grandísimo en complacer al Doctor, partía con rumbo á Barcelona inmediatamente.

Nuevo motivo de conjeturas

mías. ¿Qué pasó de extraordinario en el cerebro de Marsal, para que el médico tuviese que pedir que zarpasen instantáneamente? Escribí una carta al Capitán del buque, que debería recibir en Barcelona y aquella misma noche, por una de esas anomalías que no tienen explicación, tuve yo que salir para Málaga urgentemente, por haber tenido noticias de que cayó mi madre enferma de gravedad.

Mientras duró el peligro, no me acordé yo del loco, ni de la señorita de Contreras, ni del Capitán noruego de los pelos del color que ya sabéis. Cuando ya salí alguna vez, distrajéme con mis amigos de antaño. Restablecida mi madre del todo y estando ya en Málaga, me quedé allí algunos días, inactivo, sin

ocupación alguna que absorbiese mi pensamiento, y entonces fué cuando el aguijón de mi idea se clavó con más ahinco en aquel vago fantasma de la señorita Contreras, á quien desde entonces igualmente, tuve empeño en conocer.

No pude lograr mi objeto; fué inútil todo cuanto hice; anduve como un energúmeno de acá para allá, y por buscar á la señorita Contreras, iba yo á ponerme más loco que su amante.





V

CUMPLIDO ya el plazo que yo mismo me había impuesto para permanecer en Málaga, determiné mi vuelta á Cádiz. Hice algunas visitas, y dos noches antes del día determinado para mi marcha, dispúseme á cumplir uno de mis más gratos deberes; el de acompañar durante toda la velada en su preciosa casa de la caleta, á una hermana de mi padre: había gran animación en la casa, y me sorprendí mucho; mi tía no acostumbra á regocijarse de

aquel modo: pregunté los motivos de aquella fiesta y me respondió sonriendo, la buena señora.

—Es en honor de una amiga mía, muy joven y muy linda, que se casará á fines del mes que viene; no vayas tú á creer, porque me ves vieja, que no gusto rodearme de la juventud y de la hermosura, cuando se ofrece: no vayas á creer tampoco, que te digo eso en són de queja.

—Nó, tía, yo no lo creo; pero haga V. el favor de presentarme á su bella heroína, para que yo la admire.

—A propósito, héla allí, que viene en dirección nuestra.

Volví los ojos hacia donde mi tía me indicaba, y pude ver á corta distancia ya, á una bella joven que se dirigía hácia nosotros. Me turbé mu-

cho apenas la hube visto; una impresión extraña se apoderó de mí, inconscientemente; con alas poderosas voló mi pensamiento hacia la bahía de Cádiz; se fijó en aquella noche pasada en el mar, y allí fué apareciendo con lentitud como surgiendo de una nube de aquellas brumas blancas, la figura atractiva y noble de Ernesto Marsal, loco indudablemente por una mujer que le había abandonado. ¿Qué relación era la que yo encontraba entre aquel loco de amor y la heroína de los salones de mi tía? Lo comprenderéis fácilmente, diciéndoos que las señas que me dió Marsal de la señorita Constanza de Contreras, correspondían unánimemente con las de la joven que de pronto habíase presentado á nuestra vista: una sola diferencia

pude notar; que todos los rasgos de su rostro y todos los detalles con que me describió Ernesto Marsal á la destinataria de su misterioso documento, estaban realzados por una animación febril, una alegría que, no pudiendo esconderse, por ser tan grande, se le desbordaba del corazón á los ojos en relámpagos que hacían estremecer de dulzura y á la boca, en risas que parecían formadas por no sé qué deleitables geniecillos del amor y del misterio.

Aquello que yo había pensado, fué sin duda un absurdo; la mujer que teníamos delante, no era de ningún modo la que Marsal me describió: no podía ser de ningún modo Constanza Contreras: iba á salir de dudas inmediatamente, pues lo digo sin ambages; tenía dudas, aunque no

hubiera motivo lógico para sospechar siquiera, que había encontrado á la mujer que tanto busqué. Iba á salir de dudas, digo, porque mi parienta no podía tardar en hacer la presentación correspondiente. En efecto, apenas se detuvo, sonrió de modo que hubiera envidiado la Virgen misma al besar á Jesus por primera vez, y dió las gracias en algunas frases que entrecortaba la emoción, porque de tan digno modo me la festejaba con motivo de su próximo casamiento. La buena señora, interrumpiéndola con un abrazo, exclamó así:

—¿Sobrino? La señorita Constanza Contreras.—Luégo, dirigiéndose á Constanza, añadió sonriendo:—Mi sobrino.

Yo no saludé, la turbación no me

lo permitía; la figura de Ernesto Marsal, se grabó entonces en mi cerebro con una fijeza que lastimaba: pensé en Marsal, como yo no había pensado: la simpatía que hasta entonces le tuve, se trocó de repente en un amor sincero, y dolió á mi alma como si la herida fuese directa para mí, aquel esplendoroso placer de la hembra, que así gozaba, mientras un hombre, loco por ella, padecía torturas sin explicación, por lo grandes y por lo misteriosas; aborrecí en aquel punto á la mujer que así se hacía digna del desprecio del hombre que por ella se hundió en un abismo peor, de seguro, que el de la muerte; ¡en el abismo de la locura! ¡Iba á casarse! ¿Cómo una mujer de ojos tan bellos, de mirar tan dulce, de tan profunda seriedad

como parecía, no obstante la animación que entonces la hermoseaba, tenía valor suficiente para arrostrar, como lo estaría arrostrando sin duda dentro de sí misma, aquel gran torcedor de su remordimiento implacable? Yo no podía comprender aquello y quedé mirando á Constanza, sin saludar y sin dirigirle una frase; hasta creo, ¡Dios me lo perdone! que hice un esfuerzo de voluntad para no arrojarle allí mismo, en aquel rostro sereno de mujer honrada, toda la hiel que me producía su comportamiento liviano.

Dominándome con esfuerzo grandísimo, pronuncié al fin algunas palabras; pero no pude justificar de ningún modo mi manera de ser, en aquel instante, que sorprendió profundamente á mi tía, tanto como á Constanza.



VI

No tuve ocasión en aquel momento de pedir explicación alguna á la dueña de la casa: me ví en la precisión de dar el brazo á la señorita de Contreras, porque así me lo indicó mi tía y no porque saliese de mí. Dimos algunas vueltas por el salón, y por mucho que yo procuré dominarme no estoy cierto de haber conseguido disipar en Constanza la extrañeza que le causó mi fría acogida. Pasaba el tiempo sin que yo

me atreviese á deslizar frase ninguna relacionada con Ernesto Marsal: ella, naturalmente, ninguna frase deslizó tampoco, y no me extrañó. De su memoria y de su corazón, hubiera querido apartar de seguro el recuerdo de un hombre que moría por ella; un recuerdo que la haría daño, metiéndosele en el corazón como puñal encendido, ahora que estaba en vísperas de unir su cuerpo, como ya tal vez habría unido su alma, á otro hombre que no era Ernesto Marsal. Yo miraba furtivamente á Constanza alguna vez; quería descubrir por las líneas de su rostro, las angustias y los remordimientos de su corazón. ¡Era imposible! ¡No podía descubrir nada! Aquellas líneas armoniosas de su rostro nada me indicaron que reve-

lase un dolor oculto; aquellas facciones dulces que parecían modeladas por algún génio maravilloso de luz; aquel semblante lleno de bondad y de candor, aquella frente, misterioso alabastro donde la Virgen santa hubiera podido escribir el poema purísimo de su amor y de sus dolores; nada de lo que observé movíame á la seguridad de que un remordimiento flagelase aquella inmaculada conciencia de niño. En sus grandes ojos negros y dulces como las tristezas de la pasión de Jesús, brillaba un tierno rayo de felicidad que hacía conmover; no estaban aquellos ojos orlados ahora ciertamente de aquel morado que comparó el pobre loco con el de los lirios que perfuman el monte. Su boca fresca y pura, nido misterioso donde parecían nacer len-

tamente y prepararse para la vida, besos que no estallaban y promesas que aún no se modularon; aquella boca virginal y casta como el efluvio que del sér entero de aquella criatura sobrenatural se desprendía, atraíanme inconscienmente no como nos atrae el abismo, sino como nos atrae el sol, como nos atraen las noches estrelladas y serenas, como nos atraen las flores de la montaña y los agrestes y virginales perfumes de las mañanas de estío.

Bailamos un poco y ella se sintió cansada; quiso sentarse y la llevé á una galería próxima; desde allí distinguíase una parte de jardín bellamente iluminado. Las luces, entre las verdes hojas, parecían destellos suaves de la mirada de Dios. Constanza fijó los ojos pensadores en

aquellas luces y permaneció en silencio, sin cuidarse mucho de las futilidades que yo decía, para disimular las sensaciones que iban oprimiéndome. Estábamos en la sombra, pero muy cerca del salón; algunas veces, á un gracioso movimiento de su cabeza, la luz inundábale el rostro en blanda caricia, como si me advirtiera así no sé qué espíritu bueno que al rededor de nosotros flotara invisible, que un rostro como aquel y una mirada como la suya, no podían ocultar de ningún modo un espíritu de maldad aborrecible.

Allá, lejos, hacía la parte del salón, oíanse músicas deliciosas. Estoy seguro de que Constanza llegó á olvidarse de mí completamente: lejos de mortificar esto mi amor propio,

como hubiera sucedido en otra ocasión cualquiera, me alegré mucho; así podría observarla con más facilidad: sumergíase ella en un dulce éxtasis; algo, vaporoso y sonriente, parecía rodearla como una invisible caricia protectora: yo sufría, de no poder resistirme contra aquel encanto delicioso y puro que de ella se desprendía, pero sin abandonarla y defendiéndola siempre: sus ojos pensativos dirigíanse al fondo del jardín; la noche era oscura; el cielo estaba cuajado de estrellas resplandecientes y dulces como las de la carta de mi pobre loco; sin poderlo evitar, tendí la mirada también muy conmovido: esperaba encontrar por una aberración extraña de mis sentidos, allí en aquellas profundidades del horizonte que resplandecían con

el fulgor unido de todas las estrellas, la figura extravagante del loco de la epístola, volando de lucero en lucero con su palacio en una mano y su varita de virtud en otra. Parecíame estar viendo ya al ángel mudo sobre una nube: al génio que escribía, con su pluma de oro rota, y á la sirena entre los montes de espuma, cantando lo que ya el ángel no podía dictar, ni podía escribir el génio... Todo por aquella mujer; por aquella niña de rostro de vírgen, de mirar tímido y de corazón infame. Aquella mujer tan exactamente reproducida en el fantástico cerebro de Marsal, como un angel y como una culebra. Ciertamente parecíase Constanza de Contreras, en aquel punto, al querido angel de Marsal; aquel angel de su corazón, que no supo él nun-

ca lo que tenía de culebra, ni lo que tenía de angel. Cuanto más hermosa, cuanto más dulce me estaba pareciendo, más ardía dentro de mí aquella terrible irritación de mi sangre, cuyas sacudidas me era ya imposible contener. Hubo un momento, en que casi me avergoncé, pensando que á mí á última hora nada de aquello me debía importar, pero estas ideas resultaban ya demasiado razonables, para la exaltación que yo tenía, y duraron muy poco.

Suspiró ella y yo no fuí dueño entonces de contener estas palabras:

—¡Qué suspiro más extraño!

Volvióse hácia mí, vivamente: lo que yo pensé antes era verdad; habíame olvidado por completo: lo

comprendí en la sorpresa con que me miró. Se puso entonces muy encendida á la idea quizás de que yo la había sorprendido en aquellas hondas intimidades de su alma y se apresuró á decir, pero de una manera entrecortada, que ponía de manifiesto su turbación:

—¡Ah! Dispénsame V., estaba distraída, me creí sola, no sé....

Para ayudarla un poco á que se serenase, la dije sonriendo, que yo tenía toda la culpa.

—¿Usted?—murmuró con extrañeza.

—Yo, sí, que no le dirigí la palabra más, y ciertamente, ha sido muy gran descortesía por mi parte. Perdóneme V. á mí, porque la molesté luégo tan inoportunamente.

—Y ¿por qué le pareció extraño

mi suspiro?—interrogó ella entonces con cierta inquietud:—yo creía adivinársela al menos.

—Porque dicen, y es lógico, que los dolores son los que hacen suspirar, y V. es dichosa, porque ama al hombre á quien ha de unirse.

La sorpresa que yo produje á Constanza desde que mi tía la hizo mi presentación, pareció acentuada entonces; comprendí que ella no podía remediarlo; que no lo podía disimular. Me miró de un modo tan digno, que tuve que inclinar la vista avergonzado: en aquella mirada suya, ví una noble reconvención; pero al mirarme así, sólo me dijo estas palabras:

—No tengo experiencia ninguna del alma, caballero; pero sé, porque lo siento en mí, que la felicidad también suspira.

Tuve tentaciones de sacar en aquel instante la carta de Marsal, que tenía en el bolsillo y entregársela, diciendo:

—Un pobre enfermo, un loco, que morirá quizás en la flor de su vida, por el abandono de una infame hembra, con esbozos de santa, me ha entregado esta carta para V.

Aquella muda reconvención, aquellas frases dulces y sencillas con que supo envolver su respuesta digna, habíanme humillado. ¡Para que veais, lectoras, lo que somos los hombres! Confieso, aunque sea en contra mía, que aquella tentación rápida que tuve de arrojarla al rostro, como quien dice, la carta de Marsal, no la sentí por él, en aquel punto, por más que yo á mi mismo quisiera demostrármelo así, para

acallar no sé qué cosa muy punzante que dentro de mí bullía, sino por el despecho que me produjo la dignidad y la dulzura de una mujer, á quien yo juzgaba fundadamente engañosa y falaz como ninguna.





VII

MUCHO me urgía volver á Cádiz, pero yo no salí de Málaga. He ahí una noticia que podrá haberos sorprendido. ¿Os habréis figurado, sin duda, que me enamoré de Constanza? nada tiene de particular, que alguien lo haya creído así. Después de todo, la Srta. de Contreras presentábaseme como un enigma, y el enigma es lo que el hombre más adora. Pero no: yo no me enamoré de Constanza. Yo estaba de-

lante de un caso muy curioso y quería ya que no pudiese comprenderle, estudiarle hasta lo último. Yo tenía ansiedades verdaderas de profundizar, aunque sintiese miedo, en el alma de aquella criatura. Tanto me interesé, que hubiera dado mi vida por precisar lo que tenía de culebra y lo que tenía de ángel.

De todo me olvidé: de mis trabajos, de mis deseos de viajar, de mis ilusiones artísticas. Aquello me interesaba como ninguna otra cosa del mundo, por interesante que fuese. No dejé de visitar la casa de mi tía. Me hice allí el indispensable. La vieja señora, y le digo vieja porque no me oye, se extrañó mucho al principio de que yo le dedicara tanto tiempo; pero hubo al fin de caer en la cuenta. «¡No era cier-

tamente el amor á la familia lo que allí me llevaba!» La puso esto de muy mal humor, y quiso vengarse. «¡Ola! ¡Conque no era por ella, por lo que yo iba! ¡Conque era por Constanza! ¡Sí! Pues, verás.» Y no quiso contestarme á ninguna pregunta de las que le hice referente á la Srta. de Contreras, de su familia y hasta de su novio. Jamás conseguí hacerla hablar de aquel asunto, y, verdaderamente, su venganza no pudo ser más desconsoladora para mí.

A todo esto, yo inquirí lo que pude por otro conducto. Mi madre me dijo que mi señora tía y los padres de Constanza se conocieron desde niños; siguieron tratándose, y muchas veces las Srta. de Contreras iba á pasar largas tempora-

das con mi tía, que la amó desde su nacimiento tanto como sus padres.

—Pero, y ¿cómo no he conocido yo entonces con anterioridad á la Srta. de Contreras?—pregunté asombrado.

—Es muy sencillo. Constanza es una niña casi: apenas si tendría dos años cuando te marchaste á Madrid. Las pocas veces que has venido á Málaga dió la casualidad de que no estuviese ella con tu tía, cuando fuiste á ver á esta última. Ahora está Constanza con ella desde hace medio mes, y permanecerá allí hasta el instante mismo de su boda.

—Basta,—exclamé nerviosamente.—No hablemos de eso.

En llegando á este punto, sentíame con una irritación sorda, que

me era imposible desechar. Lo que estaba Constanza haciendo me parecía infame, sencillamente, y sufría yo de no habérselo dicho ya en su misma cara.

Seguí viéndola y hablándola con frecuencia. Ella se mostró al principio reservada é incommunicativa. Fué desterrándose aquella frialdad hacia á mí, porque, no obstante mi interior sentimiento de protesta á su conducta, sentíame atraído por ella insensiblemente y por las grandes dotes de espíritu que revelaba en su lenguaje, en sus ideas, en sus gustos. Había tal candor en sus ojos, había tal pureza en su frente, desprendíase así como una emanación de castidad de toda ella, que impresionaba y atraía como nos atrae la niñez, como nos atraen el cielo y la oración.

Salían muy poco mi tía y Constanza, y por eso las encontré siempre allí. Además, conmigo no se podía usar etiqueta, y esto nos puso en comunicación á menudo. La casa de mi tía es un primoroso oasis del camino del Palo, lleno de flores y de maravillosos objetos artísticos. Sitúase junto al mar, y era un encanto ver, en las dulces noches estivales, bajo aquel purísimo cielo bordado de estrellas y á la luz pálida de la luna, la espuma de las olas saltando por la verja del jardín para ir á meterse, como profunda caricia de amor, en los cálices de las flores.

A Constanza gustábale contemplar en silencio las hermosuras del mar y de las estrellas: quedábase inmóvil, medio entornados los be-

llos ojos, como para no perder nada de algún sutil diálogo entre un copo de espuma y algún encendido clavel, de aquellos del jardín, que algunas veces hermo­seaban sus cabellos, pareciendo allí la sonrisa de Dios en el fondo de una nube dorada.

Una de esas noches hallábame yo á su lado, como aquella en que la conocí. Guardábamos silencio. Yo, pensando que una mujer que así se extasiaba ante las manifestaciones misteriosas de la naturaleza, no podía ser infame, y ella... ¡Quién podía sospechar lo que ella tenía en su pensamiento! La imágen tal vez del hombre á quien esperaba para unir á él su destino; la otra imagen quizás, del pobre enfermo, abandonado; del pobre loco, á quien aco-

gería seguramente su pensamiento con honda repulsión, sin acusarle la conciencia por su horrible impiedad.

—¡Qué bello es el mar!—exclamó ella, de repente, en voz baja, como contestando á un eco misterioso de su corazón. Mirábame á la vez, y me pareció que sus grandes y dulces pupilas negras se humedecían por algún extraño sentimiento. ¿Era filial el sentimiento que me pareció ver en sus ojos? ¿Era de amor feliz? ¿Era de algún pesar ó remordimiento oculto?

Yo contesté á su exclamación con una naturalidad que ahora me está sorprendiendo:

—El mar es cosa de maravillas. ¿Usted no se ha embarcado nunca?

—No,—contestó ella.—¡Cómo me gustaría!

—Yo, sí,—exclamé,—y tengo ciertamente un recuerdo muy extraño de la última vez que estuve en el mar.

—¿Dónde fué?

—En Cádiz.

—¡Ah! En Cádiz,—repitió ella.

—¿Será algo, curioso? Cuéntemelo usted, si puede.

Al hablar Constanza, quedé yo observándola con profunda atención. Podía hacerlo fácilmente. La luna iluminaba su adorable rostro, rodeándole de un encanto singular. No sé qué contraste de melancolía y de satisfacción había en aquel rostro, para hacer titubear al pensamiento más fijo, sobre la clase de sensaciones que en su corazón hubiese. Yo ansiaba ver en aquel semblante ó en aquellos ojos de eterna

y cándida dulzura, algo que me revelara combate, dudas, sufrimientos; algo que me revelara, hasta la maldad, si era preciso, pero que yo supiera á qué atenerme. Acordándome de la epístola del loco, me pregunté, como ya lo había hecho en muchas ocasiones: «¿Dónde acaba en esta mujer la serpiente? ¿Dónde empieza el ángel?»

Dominando mis reflexiones, repuse sonriendo:

—Sí, que lo contaré. Fué una noche que tenía con esta mucho parecido. Era ya muy tarde. Deseé pasearme por el mar; amaneció y todavía estaba en mi bote. Recordé cierta promesa que hice á un marino, amigo mío, de visitar su barco, y aproveché la ocasión. Entonces fué cuando empezó mi triste aventura.

—¿Cómo triste?—preguntó Constanza curiosamente.

—Triste, porque en ese barco conocí á un pobre loco. Le conducían á Barcelona. ¡Qué joven y que apuesto era! ¡Qué noble parecía! ¡Un pobre loco! ¡Loco porque le engañó la mujer amada, según parece!

No continué, porque me angustió el espantado semblante de la señorita de Contreras.

—Y ¿cómo se llamaba?—preguntó, mirándome de una manera indefinible.

—Marsal.

—¿Ernesto?

—Ernesto Marsal, sí. Pero ¿qué tiene V.? ¿Qué le pasa?

—¡Ah!—exclamó ella temblorosa.—¡V. le ha visto! ¡V. le conocía!

Luego, cruzando las manos en ademán de súplica, prosiguió así en voz ardiente:

—¡Por Dios le pido, si quiere V. verme feliz, que nunca en su vida vuelva hablarme de eso!





VIII

DESPUÉS de esta confesión explícita de Constanza, ¿qué me correspondía hacer? Lo que hubiera hecho un hombre digno. No aludir más á este asunto, ni embozadamente siquiera.

¿Estaba yo por ésto obligado á no hablar con nadie tampoco de aquello que tanta impresión produjo á la Srta. de Contreras...?

Faltaban dos ó tres días nada más, para que yo decididamente

me marchase, en vista de la convicción que ya tuve del mal corazón de aquella mujer; había Constanza bajado por la tarde al jardín; mi tía y yo, la contemplábamos desde el torreoncito que da al mar; de vez en cuando levantaba ella los ojos, mirándonos cariñosamente, y volvía después á la tarea de regar las flores; tenía los cabellos sueltos y los menudos piecesillos hundíanse en la yerba como graciosas ave-citas escondiéndose del cazador; llevaba un ligero vestido claro, que transparentaba, arriba en el busto, los bellos hombros finitos, pero haciendo entrever á la matrona admirable del porvenir. Su linda silueta recortábase, primorosamente, haciendo soñar al alma no sé qué incomparables delicias. Parecía Cons-

tanza allí, entre las flores, uno de aquellos dulces copos de espuma que saltaban de las olas para meterse en los cálices. El cielo irradiaba, azul y puro como el engañoso exterior de la hembra falaz, que así lograba seducir mi corazón, aunque no quería entrar en el suyo para no horrorizarse de su veneno. Hallábame deseoso de tener una explicación con mi tía; nunca lo pude conseguir: siempre la evadía mañosamente como si hubiera adivinado mis intenciones y continuara ella en la intención de molestarme; pero las cosas habían llegado á su límite; yo no me marchaba sin saber con anticipación algunos pormenores de la historia de amor, interesantísima de seguro, que hizo desgraciado á Ernesto Marsal. Así es

que, me encaré con mi tía, cogiéndola por sorpresa, y la pregunté de pronto:

—Pero, dígame V., ¿cómo fué aquello de conocerse Constanza y Ernesto Marsal?

—¿Pero tú conoces á Ernesto?— preguntó mi tía, mirándome con fijeza.

—Le conozco, sí,—contesté, sosteniendo aquella mirada impasiblemente.

—¿Y de qué le conoces?

—Es muy largo eso de contar; pero le conocí en circunstancias muy tristes por cierto.

—¿Estaba loco?

—Loco, sí. Loco por una mujer que le abandonó.

—Es claro, ¿qué iba á decir? por algo es un loco, loco; para decir disparates, por lo menos.

—No entiendo, tía.

Ella quiso hablar, pero Constanza la llamó en aquel punto. Se retiró de mí la señora tía, con toda la ligereza que sus huesos viejísimos le permitieron, dejándome con la palabra en la boca. Antes de perderme de vista me miró de un modo maligno, me amenazó cómicamente con la mano y se alejó ya, soltando una gran risa.

—Estoy lucido,—exclamé despechado,—mañana mismo me marcho.

En medio de tanta cosa inverosímil, otra idea empezábame á mortificar; la de que mi tía hubiese dado en la gracia de creer que yo amaba á la Srta. de Contreras. Analizando yo el sentimiento que aquella mujer me producía, hallábale muy

lejos de parecerse al amor; no era odio tampoco, era una especie de repulsión y de simpatía irresistible. Estas dos sensaciones empezaban á combatir fuertemente. Comprendí, por cierto, que la ausencia sería paliativo y medicina después, contra mi enfermedad. Una pregunta hacíaame yo, sin embargo, constantemente:

—¿Quién era el desgraciado que iba á unir su destino al de aquella mujer incalificable? Lo confieso; no lo había querido preguntar, por orgullo: conceptuábale ya como enemigo mío, desde que supe que había suplantado de tan triste manera á un hombre de tanto valer como el infeliz demente del barco noruego. Direis quizás, que, mi cariño al loco era muy grande, cuando una

sola vez precisamente había hablado con él. No le hace, yo sentía aquello dentro de mí y bastaba. La tarde á que me refiero, bajé del torreoncito detrás de mi tía, reuniéndome á los pocos instantes en el jardin, con ella y con Constanza. Al yo llegar, pareció que interrumpieron de pronto un vivo diálogo. Constanza quedó muy encendida, mirándome de un modo particular; la vieja señora, miróme también extrañamente, y pude comprender, desde luego, que aquel diálogo se refirió á mí. No tuve que trabajar mucho para figurarme lo que sucedió. Mi tía, contó sin duda, á la señorita de Contreras, la conversación que habíamos tenido arriba. Aquel cambio de color que yo noté en ella, al aproximarse, me hizo creer que

se avergonzaba por un momento de que yo fuese testigo de sus torpes alegrías por su enlace próximo, conociendo al otro hombre, víctima desgraciada de su felicidad de ahora.

Hubo un momento en que Constanza se vino para mí con decisión; creí yo que iba á decirme alguna cosa y me turbé mucho sin explicarme el motivo; pero no habló, no ocurrió nada. Mi tía, contúvola con un expresivo gesto y quedó inmóvil de pronto la Srta. de Contreras, baja la vista, y los ojos humedecidos, como para llorar.

Yo me aproximé entonces á mi tía con intención formal de dirigirle la palabra por última vez.

—Tía—la dije sonriendo;—con el placer que gozo estando al lado de ustedes, se me olvida lo mejor.

—¿Y qué se te olvida, oye?— preguntó ella con curiosidad.

—Decir á V. que mañana sin falta, vuelvo para Cádiz.

—¿Cómo? ¡Y nos dejas así! ¡Qué cosa más extraña! Yo creí que te estarías con nosotros una semana más, hasta que se efectuase la boda de tu amiguita.

Señaló al decir esto á Constanza; yo la miré entonces; su rostro me pareció muy pálido: mirábame con fijeza, y ¡Dios me perdone! pero creo que en aquella mirada había una súplica... la súplica de que me quedase.

Quiso hablar ella, pero mi tía la contuvo otra vez, poniéndose un dedo en los labios y exclamando á la par:

—Te impido que hables, no vayas á decir una tontería.

Sonrió Constanza, y en verdad, aquella sonrisa no me pareció de una mujer sin alma. No fué la serpiente la que sonrió, fué el angel.

Mi tía prosiguió, dirigiéndose á mí.

—¿Qué harás, en fin, te quedas ó no?

—¿Quiere V. que le hable francamente, tía?

—Habla, sobrino.

Mi tía y yo, inconscientemente quizás, miramos entonces á Constanza.

—Pues bien, — dije, — no me quedo.

—¿Por qué? — preguntaron las dos.

—¿Hablo francamente?

—¿Otra vez? Habla, sí.

Sonreíme con gran dulzura para atenuar el efecto que mis palabras hiciesen.

—Porque temo,—dije,—no encontrar muy simpático al futuro esposo de esta señorita.

Constanza palideció más, oyendo aquello, y se mordió los labios.

Creo que en aquella ocasión fué la serpiente quien se mordía á sí misma por no encontrar á quien morder. Mi tía, por su parte, exclamó, sin muestra ninguna de enfado:

—Bien, sobrino, bien, te luces como hay Dios.

—No he querido ofender, tía.

—V. no ofende,—murmuró Constanza, inclinando la vista y como si otra vez fuese á llorar.

Yo me conmoví profundamente,

me afectaba aquello, á pesar de no encontrarle importancia ninguna.

—Oye,—dijo mi tía;—quédate, si el irte es porque piensas que te ha de ser antipático el futuro esposo de Constanza; yo estoy segura de que te agradará; aun que no sea joven como tú, tampoco tiene tu edad, ciertamente; no ha cumplido aun los cincuenta años; se conserva muy bien y tiene muy pocas canas: es agradable, festivo y de buena imaginación; verás tú, sobrino, yo te ofrezco que ha de gustarte. ¿Te quedas?

—Sí, me quedo;—exclamé con muy mal modo.

Mi tía no contestó, pero creí sorprender, en sus ojitos arrugados, aquella mirada maligna de poco antes.



IX

AQUELLA noche le preguntaba yo á mi madre.

—¿Puedes tú decirme alguna cosa de la familia de los Contreras?

—Yó no podría dar muchos detalles,—me contestó:—supongo que aludes á los padres de esa señorita que está ahora con tu tía.

—Sí.

—Po lo que yó oí á tus hermanas en alguna ocasión, se han enriquecido en el comercio: retiráronse

de él, hace algunos años, cuando Costanza era aun muy niña: por aquél tiempo murió su madre.

—¿Costanza es huérfana de madre? No lo sabía.

—Sí, vivían entonces en Sevilla, en la calle de la Encarnación... pero eso, tus hermanas te lo podrán contar: tu tía y yó, nunca hemos sido muy amigas, que digamos, y desde que su hermano murió, nos vemos con muy poca frecuencia.

Yó me quedé pensativo,—¿Sabes por casualidad,—pregunté á mi madre—el número de la casa que los Contreras tenían en Sevilla?

—Lo sé, sí; era el 13.

—¡Ah! por eso no encontraba yo el número 13 en la calle de la Concepción de Málaga. Las señas que me dió el loco, ¿fué porque las trocó

en su misma manía, ó fué en resumen que yo las equivoqué tomando á Málaga por Sevilla y la calle de la Concepción por la de la Encarnación. ¿Me pareció difícil, pero bien puede ser, porque con aquello de la señorita Contreras, iba yo á volverme más loco, que el mismo Marsal.

—¿Y cuándo conoció Costanza á Ernesto?—pregunté.

—¿Aludes al loco?

—Al loco, sí?

—Te digo que no me preguntes de eso, porque yo no sé una palabra; yo no tengo el honor de tratarme con tu tía, y no quiero tampoco ciertamente que disfrute ella el de tratarme á mí. Es muy orgullosa y yo he de serlo más: le dá por la tontería de los apellidos ilustres, y si ella cree que el suyo viene de Cár-

lo-Magno, el mio viene de Matusalen: Guzman y Ponce de León te llamas, hijo: que averigue la hermana de tu padre, que apellidos son más viejos y huelen más á chamusquina, si los Ponce de León ó los Guzmanes.

Aunque estaba de muy mal humor, me reí mucho, recordando aquella gran guerra que se declaró desde hacía mucho tiempo entre mi madre y su cuñada, por el motivo que acabais de saber.

Volví á mis preguntas, pero la noble y orgullosa viejecita no supo decirme cosa alguna de provecho: entró en tal coyuntura la menor de mis tres hermanas y pareció que se me abrió el cielo: de todo la impulsó mi madre y tomó á seguida la palabra en esta forma:

—Hace ya muchos años que Constanza y ese Marsal se conocieron: el cariño por parte de los dos, era grande, á lo que se veía: nada pareció al principio que pudiese turbar sus esperanzas, pero no contaron con la huéspeda: la huéspeda aquí fué el padre de Constanza, que cuando tuvo noticia de estos amores se opuso abiertamente y con mucha franqueza: el padre de la novia es áspero y rudo como un patán; te advierto que yo no le conozco, y que hablo por referencias de nuestra tía solamente: estaba y está encaprichado en que á su hija no puede convenirle por marido ningún hombre como no sea ó haya sido comerciante como él y como no tenga mucho caudal ganado como él le ganó: Ernesto Marsal no es

pobre y tiene ó tenía dos carreras brillantes; yo creo que á la desesperación que le causó el alejamiento de Constanza, ayudó para volverle loco, esa imaginación ardiente y profunda que Dios le ha dado. En fin, hijo, que hubo una tarea muy grande con la oposición del amo de la casa. Ernesto se indignó, porque se creía honrado y se tiene la seguridad de que lo es; pero el viejo es terco como un demonio y no quiso ablandarse: cedió de pronto, como si se convenciera: consintió en todo lo que hubo que consentir, se preparó la boda, sonreían ambos como si les agobiara la felicidad y no era el viejo, ciertamente, el que parecía con ganas de interrumpir la alegría de los pobrecitos enamorados. De pronto también, se presenta una no-

che el padre á la hija, y le dice con profundo dolor, enseñándole unas cartas:

—Me lo daba el corazón, ¡pobre hija mía! y por eso me opuse á que te casaras con ese miserable: te ha estado engañando y algo más que eso: sostiene relaciones ilícitas con una mujer infame, que engaña á su marido: iba á casarse contigo por tu dote: aquí tienes documentos firmados por él, que te convencerán; son cartas dirigidas á su digna cómplice; cartas que llegaron á mi poder por milagroso don de la Providencia, que nos protege.—Constanza leyó alguno de aquellos escritos y no dudó: tenían su letra, su firma, el querido nombre de Marsal, auténtico, estampado allí, al pié de aquellas infamias. Se desmayó al leerlas:

estuvo sin conocimiento muchas horas, enfermó después, durante dos ó tres meses, y cuando pudo, escribió á Marsal diciéndole, sin otros rodeos, que habia terminado todo entre los dos. Marsal pidió explicaciones, que no obtuvo; Marsal se volvió loco y no han vuelto á verse.

Yo quedé asombrado de tal historia y, en verdad, que el diablillo de mi hermana parecia haberse informado bien.

—Pero, oye,—dije:—no veo claro en un punto.

—¿En cual?

—En el de que estuviese bien probado que Marsal hubiera sido ó no culpable.

—Ciertamente, y eso se aclaró después. Marsal tiene un hermano médico por cierto, que se encargó

de probar á Constanza la inocencia de su hermano: lo consiguió; el padre de Constanza habia llegado, en su vituperable terquedad, hasta el punto de levantar un horrible falso testimonio; le cogió á su hija una de aquellas dulces y apasionadas cartas de Marsal, é hizo escribir las que le presentó, imitando perfectamente su letra y su firma.

—¡Pero eso es horrible!—exclamé indignado.

—¡Vaya si lo es! Constanza lloró y se desesperó, pero á Marsal nadie le ha quitado la locura; luego, ¡ya se vé! los dias pasan y las ideas se van adormeciendo. ¡A qué está una! ¿Va una morir, cuando las cosas no pueden ya remediarse?

—Vamos, niña, — exclamé cogiéndola de una orejita, — me parece

que vives tu también muy al siglo, para los pocos año que tienes. ¡Con que á ti se te figura bien que Constanza se case ahora, como sino hubiera pasado nada, con el primer hombre que se presente, mientras el pobre loco gime por ella y morirá tal vez!

—¡Cómo! ¿es posible?— gritó mi hermana con profunda sorpresa.— ¡Yo no sabía eso!





X

VAMOS, dije entonces, un poco más tranquilo, — ya estoy viendo que me había equivocado. Te indigna la conducta de Contanza, ¿no es verdad, hermana mía?

La niña se apresuró á decir:

—No hombre, la encuentro muy natural. ¡Para casarse están las mujeres! ¡No faltaba otra cosa!

—¿Sabes tú que te estás explicando? ¿Por qué hiciste entonces tanto aspaviento: ¿No fueron pues, de indignación?

— ¡Que disparatel! ¿Fueron de sorpresa, hombre? ¡A cualquiera se le ocurre lo mismo! Que no sabía que se casaba, y ya está.

— Pero señor, grité entonces, enredádome á puñetazos, con la pared y con los muebles y hasta con mi misma cabeza: ¿qué es lo que pasa en este mundo? ¿A donde vamos á parar? Ya no hay sentido común, ¡y si no fuera más que eso! No hay sentido moral, que es mucho más triste: he aquí la juventud dorada: he aquí las hembras que hace Dios para el hogar y para la familia. ¡Señor, estoy que no veo de coraje! Pero, ¿qué significa esto? ¡de modo, hermanita, que tú eres como las demás! De modo que tú encuentras muy lógico, que una mujer, finja á un hombre amor imperecedero;

que á este hombre le levanten una horrible calumnia, un falso testimonio sin calificación; que la mujer dé al hombre soleta, descocada y sin seso, no averiguando antes lo que haya de verdad en la infamia con que se ha tachado al hombre de su amor; que éste, se vuelva loco por élla, hasta el punto de tenerle que encerrar; que después se averigüe la inocencia del infeliz, y que averiguada y todo, oiga la mujer á las primeras de cambio, los galanteos de otro hombre y se case con él, como si tal cosa hubiera sucedido, mientras al otro, se lo llevan los mismísimos diablos. ¿Está eso bien? ¿No es para que todo corazon honrado y generoso se desespere con ese modo de precipitarle á renegar de la vida?

—Pero, hijo; hijo de mi alma, reportate, que me vas á echar la casa abajo y me vas á dejar sin un mueble, y te vas á romper la cabezal

Así hablaba mi madre yendo detrás de mí, para contenerme: mi hermana, se había quedado con la boca abierta, extrañándose de aquella salida que yo tuve. Cuando me serené un poco, me pareció observar, que se hallaba pensativa.

—Vamos; ¿y qué? la dije: ¿comprendes todo lo que he dicho? ¿Comprendes lo triste que eso es? Estás pensando en eso, de seguro; ¿Es verdad, querida hermanita?

Ella retiró de sus lindos labios un dedo que había puesto allí cuando yo empecé á desahogarme, en mis diatribas contra Constanza y toda mujer que se le pareciera, y hacien-

do después un gracioso mohín, exclamó encogiéndose de hombros:

—Mira, déjame á mí en paz.

—¿Pero qué es lo que dices, mujer?

—Digo, que eres un grandísimo tonto, pensando de esa manera, y parece mentira, que yo te tenga que dar lecciones. Precisamente, el contra Dios, no es lo que haría Constanza casándose, si no lo que tú crees que debía hacer, metiendose á monja.

—Parfectamente, hija mia, te estas portando; pero ¿quieres hacerme la merced de expresar eso mejor?

—Hombre, pero si es muy sencillo.

—Bueno, explícalo; explícalo pronto.

Mi madre había callado y extasiábase, mirando y oyendo, al lindo pimpollo.

Pues has de saber, —continuó ella,—que tú eres el que deseas lo más malo y lo más indigno. Marsal se ha vuelto loco. ¡Pobre! yo soy la primera en comprenderle. Pero dime tú, ¿no es un dolor que por eso ella también se vuelva loca y se muera? ¡Serían dos desgracias entonces, en vez de una!

—¡Bien, muy bien!—Mi madre se reía y yo cruzaba las manos, levantando á la par los ojos al cielo, queriendo ponerle por testigo de las atrocidades que estaban lanzando allí, aquellos deliciosos labios que parecían dos hojas de rosa.

—Mira, oye,—añadió mi hermana, tomando alientos indudablemente, con la risa de su madre;—has de saber tú, que es verdad lo que te dije; y si no, que vengan aquí los

doctores y que lo discutan, y no tú, que eres un tonto; ¡oh! se volvió tarumba Marsal; ¿qué puede remediarse? Qué quieres tú, ¿que se vuelva ella loca también? ¡No, hijito, que se te quite eso de la cabeza, que la tienes tú llena de humol... porque, vamos á ver: ¿cuanto mejor no es, que uno solo resulte desgraciado y no tres como resultarían de otro modo? ¡Tres, sí!; no me mires con esos ojazos de susto, que no hay razón para ello, y tengo la cabeza muy sana; tres... ¡figúratel Ernesto Marsal, que ya está loco y es desgraciado. Uno. Constanza Contreras, si le diese por el sentimentalismo. Dos; Y el tercero, ese con quién ahora vaya á casarse; cuando se casa con ella, es por que la quiere, y si no pudiera casarse con Cons-

tanza, porque Constanza estuviera en Belén con el loco, sería desgraciado lo mismo. Con que dime tú ahora en qué quedamos. ¿Es eso lo que manda Dios, ó es lo otro?

—¡Miral, vete de aquí, muchacha, que te veo y no te veo.

—¡Sí, porque soy más buena que tú, prefiriendo la desgracia de uno solo!

—Te digo... que te vayas!

—Anda, ¡inquisidor! ¡Perverso!
¡Verdugo de la humanidad!

¡Mira..., mira... grité, apretando los puños!

Me hizo aquel diablo entonces, el más hechicero mohín de chiquilla traviesa que puede darse, y salió escapada, con muy grande risa, no sin decirme antes, en voz chillona.

¡Un... feo; feísimo!

Mi madre quiso decir algunas palabras que yo no escuché: verdaderamente, no estaba yo entonces para oír discursos... ¡Fuego de Dios! Con la dichosa hermanita.

Salí loco, pero tan loco..., que me reía yo entonces de la locura de Marsal: no volví á mi casa en todo el día, ni estuve en casa de mi señora parienta, á quién aborrecí durante algunas horas, con todo mi corazon. Comí en la calle, procuré distraerme; mi mal humor era terrible; no podía aguantar nada, ni me podía yo aguantar á mí mismo, siquiera: de este modo llegó la noche: pareciéndome que, así como uno piensa á veces que ha de nutrirse con sus propios dolores, se complacería mi espíritu en la contemplación de aquella mujer de tan enga-

ñoso exterior, como pérfido y frío era su pecho, me dirigí al fin, á casa de mi tía.

Fué á Constanza precisamente á la primera persona que encontré. Se ruborizó al verme, y yo sonreí con amargura; pareció que nos entendíamos sin necesidad de explicaciones: su rubor fué de vergüenza, y de desprecio mi sonrisa. ¡Cómo la debía importunar un testigo cuya presencia recordábale su infamia!

Noté luego, y no me cabe duda de que no estoy engañado, que dió un paso hácia á mí, cual si quisiera de pronto decirme alguna cosa; ya ocurrió esto varias veces, desde que nos conocíamos y desde que supo, sobre todo, que yo conocía á Ernesto Marsal: pero, como en otras ocasiones, la presencia de mi tía, la

contuvo: puedo deciros francamente, que mi tía fué el demonio malo de la triste historia de mis relaciones con la señorita de Contreras, y de este dolor que á mí me corroe el corazón.

Hablamos de cosas indiferentes: mejor dicho, habló mi tía, á quién se me figura que detesto, á pesar de los lazos que nos unen; yo no hacía más que mirar á Constanza, pensando con tristeza en aquel pobre loco del barco noruego. ¡Qué habría sido de él, en los dos meses que pasaron desde que me entregó su carta en la bahía de Cadiz!

Me pareció Constanza muy pensativa. Yo no tenía duda; deseaba decirme alguna cosa: yo estaba seguro: lo había notado ya en diferentes ocasiones. ¡Como eché de

menos aquellas horas que pasábamos juntos al principio de conocernos! Pero mi tía, no nos dejaba solos ni un segundo; no se que pensamientos eran los de aquella cabecita de cabellos plateados, y aquella frente llena de arrugas. ¿Creía quizá, que yo me enamoré de Contanza? ¡Quién sabe! ¡Era Contanza tan hermosa! Aquel día me lo pareció como nunca, con su vaporoso vestido blanco, su rostro suave, dulcísimo, su mirar noble; me pareció que aquella mirada límpida, procuraba evadir la mía, y sufrí. De pronto, tuve una idea. ¿Estaría Contanza arrepentida quizás de haberse prometido como esposa de otro hombre? En aquellas inquietudes secretas que yo le noté, en aquel deseo manifestado de hablar conmigo

cuando nos quedávamos solos durante un segundo, ¿no se envolvería quizá la intención de confiarse á mí?

¿No fué mi presencia tal vez, la que despertó en su alma el sentimiento de su abyección, al entregarse á un hombre que no fuera á aquel mismo á quién había jurado fidedelidad, y á quién abandonaba á la vez. cuando se desesperó y enfermó y se volvió loco por ella?





XI

Ay, no! No se había arrepentido! Me pude convencer. Era mala... Era mala como siempre! Hallábame yo desorientado. Me confesaba vencido ante un fingimiento y una doblez como los de aquella hembra de rostro de niña, de ojos dulces y boca virginal.

Estábamos en el jardín: era al oscurecer, y la noche presentábase muy serena: el cielo estaba despejado como la frente de Constanza;

pero ¿quién sabía si antes de una hora la tempestad no lanzaría su salvaje rugido de muerte? Acaso ¿no tuve yo tiempo de saber que detrás de un horizonte sereno, puede arder el rayo que nos mate? ¿No estaban allí por ventura como prueba triste, la frente célica, los ojos puros y el rostro de candores de la señorita de Contreras?

Creí ver alguna contrariedad en mi tía, aunque no pude explicarme el motivo. No pronunció una frase al verme, pero no se despegó tampoco de junto á Constanza. Guardábamos un silencio que nos hacía violencia á los tres, porque los tres sin duda sabíamos á qué atenernos. Mi tía miraba frecuentemente hacia el interior de la casa, como si esperase ver alguna perso-

na. Iba entrando la noche y asomó la luna lentamente, reflejándose en las aguas como tranquila diosa de los mares; las olas traían hasta nuestros oídos unos rumores, así, como de querellas de amor y susurrar de besos: oíanse de vez en cuando las canciones de la marinería, cuyas lanchas deslizábanse lentamente sobre la superficie del mar como informes espectros: Con el resplandor de la luna, iban las estrellas eclipsándose; parecían las estrellas, al perderse con lentitud, las últimas lágrimas de Marsal cuando á su corazón, seco ya del todo, le fué imposible seguir llorando: allá, junto á la luna, contemplé una nube roja que me pareció de sangre.

Un criado se presentó de pronto diciéndome á mi tía:

—Ahí buscan á la señora.

—¿Quién es? preguntó ella. La luna iluminaba perfectamente su rostro, y pude ver la mirada de recelo que me dirigió, á la vez que hizo su pregunta al criado.

—La mujer á quien V. dijo que volviese, contestó aquél.

—¡Ah! voy al instante.

El criado partió, y la dura viejecita dijo á Constanza, en tono cuya aspereza trató en vano disimular:

—Hará frío esta noche y la atmósfera está muy húmeda. Acompañame, si te parece mejor.

—Nó, dijo la de Contreras, con sencillez; me hace bien este aire.

—Y tú, ¿te quedas, sobrino?

—Tía, exclamé echándome á reir, ¿quiere V. que deje sola á Constanza? ¿Ha olvidado V. sin duda que yo me precio de galante?

Cuando hablé así, ví con un secreto placer, que relampaguearon de ira los ojos de la anciana.

Se alejó sin hablar, contentándose seguramente con haberme mirado de aquel modo. ¿Habría Constanza querido quedarse allí para que hablásemos? ¿Era verdad, en resúmenes cuentas, que tenía que decirme alguna cosa? Lo confieso: yo quedé mirándola ansioso, como si esperase de sus lábios la vida, al probarme con una palabra no más, que era buena. La miré fijamente, y ella quedó mirándome lo mismo. ¿Por qué no hablaba? A la luz de la luna, parecía fantástico su rostro; en aquel momento, tenía semejanza muy grande con la descripción que de él me hizo Marsal. Hallábase triste; sus facciones me parecieron

contraídas por el dolor; con la sombra de la luz, parecían orlarse sus ojos de aquellos cercos de color morado, como el de los lirios de los montes, según me decía Marsal en su pintoresca y gráfica descripción.

¿Estaría yo enamorado de Constanza? No: puedo asegurarlo; lo que tenía, era, que no pude nunca unir en mi alma la pérfida conducta de aquella mujer, con aquel exterior suyo de dulzuras y de santidades. Era una dolorosa curiosidad la que se me había cojido al corazón, y hubiera dado mi vida en aquel punto, porque Constanza se hubiese expresado con franqueza delante de mí; ya tenía yo el convencimiento de su perfidia; sin embargo, no me entregaba, me era imposible. ¿Y si

abandonó á Marsal porque algún secreto motivo la obligó, fatalmente? ¿Y si consentía en casarse con otro hombre, por la misma causa? ¿No podría yo encontrar á su acción algún atenuante? Allá en los cielos, la nube roja avanzaba rápidamente, faltándole poco para alcanzar á la luna; me parecía la luna en aquel punto, el rostro pálido de la Srta. de Contreras; la nube roja, sangre de venganza, sangre de aquella mujer: sangre vertida por Marsal, cuya figura, parecíame contemplar de pronto acá y acullá, bajo los álamos, entre los rosales y surgiendo del mismo borde de aquellas olas sanguinolentas, cuyas espumas centelleaban en la oscuridad con brillo siniestro.

No se que sensación de angustia

me acometió de repente; creí que era verdad aquello que yo había pensado; hubo un segundo de alucinación en que me pareció contemplar aquellas dulces facciones de niña, á través de la nube de sangre; sin poderme contener, avancé un paso: Dios me perdone, pero he creído después que ella avanzó al mismo tiempo, con intención de hablarme; en aquel punto no me dí yo cuenta de lo que pensé ni de lo que hice.

—¡Constanza! — exclamé, entrecortadamente, cojiéndola una mano, como se la hubiera podido cojer á un hijo mío.—¿No se arrepentirá V. luego?

—¿De qué?—preguntó ella, mirándome con profundo estupor.

—De casarse con ese hombre.

Retiró Constanza con viveza su mano, y me miró soberviamente: adquirieron los músculos de su rostro una tirantez extraordinaria, y sus grandes pupilas llenas siempre de mansedumbre, chispearon de cólera. Se alejó sin contestar una palabra, y yo exclamé, vencido, con todo el profundo sentimiento de mi corazón:

—¡Oh, pobre Marsall!

Debió oír la joven aquellas frases y debieron ejercer en su ánimo impresión profunda, porque se volvió hacia á mí rápidamente, lanzando una exclamación. Parecía presa de viva ansiedad, y sus ojos habíanse llenado de lágrimas. ¡Sí! puedo asegurarlo, porque las ví centellear como diamantes, al reflejo de la luna. ¡Serían lágrimas de remordimiento!

—¡Marsal ha dicho V.! ¡Marsal!
—exclamó ella agitadamente, cogiendo mis manos, sin saber sin duda lo que hacía.

—Yo quise responder, desahogando al fin mi corazón, sin respetos y sin contemplaciones ningunas; acusarla, escarnecerla, lanzarle al rostro su maldad; pero no tenía ya valor para ello, desde que pude ver su llanto.

Antes que concluyese ella sus exclamaciones, se oyó arriba gritar una voz seca.

—¡Constanza! ¡Constanza!

Titubeó un momento, me miró con angustia, vi que iba á hablar...

—¡Constanza!—gritó otra vez mi tía, con más fuerza—¡Constanza!

A los nuevos gritos, se alejó rápidamente, sin pronunciar una frase ya, y sin oirme.



XII

AL llegar al salón, noté con sorpresa que estaba muy iluminado.

—¡Qué! ¿te extraña tanta luz?— preguntó mi tía, con una malignidad cuya explicación no sabía yo que estaba muy próxima.

Contesté distraidamente, fija la vista en el rostro pálido de la Contreras.

No sé, á la verdad, lo que dije, pero sería, quizás, algún disparate,

porque noté que el rostro de la señorita de Contreras palideció más y que brillaron con más fuerza los ojos de la viejecita, á quien miraba yo desde hacía algún tiempo malévolamente.

Constanza tomó la palabra en aquel punto; su tono me pareció algo más resuelto que aquel, comedido y dulce, que le oí usar siempre con todo el mundo, y mucho más con mi tía.

—¡Oh, señora,—dijo,—sí, que extraña tanta luz! ¿Va V. á darnos otra fiesta, quizás?

—¡Quién sabe!—contestó mi tía,—para tí, desde luego que lo es; para mi sobrino, estoy dudosa: de todos modos, quise que hubiera luz, mucha luz, para que se vean esta noche perfectamente algunas caras.

—La de su sobrino de V., por ejemplo, ¿es verdad tía?—exclamé yo burlonamente.

—Y la del futuro esposo de esta señorita, que llega esta noche,—contestó mi tía, desquitándose rudamente, con aquel golpe inesperado, del tono de burla con que la hablé.

Yo sentí en la cara el mismo ardor que si la tuviese junto á una gran hoguera; pronto se me dissipó la impresión, absorto en observar á Constanza. Al oír á mi tía, hizo un ademán innegable de sorpresa; su rostro palideció mucho más, y de repente se le encendió luego en una llamarada inmensa de rubor y de alegría; mirándome, volvió de nuevo á su palidez, y creí notar entonces en su mirada un profundo afecto hacia á mi.

—¡Cómo! dijo entrecortadamente; ¡y no me ha dicho V. una palabra!

—¿Para qué? Tu placer sería de ese modo más grande... y la sorpresa de mi sobrino.

Constanza y yo, nos miramos, como si tuviéramos á la vez un mismo presentimiento. Se aproximó á mi tía y díjola con dignidad:

—Basta ya, señora: su sobrino de V. no tuvo la culpa; cualquiera hubiese hecho lo mismo en su situación; de una manera ó de otra, nos ha probado que tiene un corazón muy noble.

Yo no comprendí, pero me gustaron extraordinariamente aquellas frases de Constanza.

—No, dijo mi tía; llegaré hasta lo último: á bien que ya queda poco.

—Hablaré yo antes, exclamó Constanza, dirigiéndose á mí.

—Llegaré hasta lo último—replió la altiva anciana, mirándonos duramente.

Constanza iba á hablar, pero en aquel momento anunció un criado á una persona, cuyo nombre hirió mis oídos con armonías estupendas. Constanza lanzó un ¡ay! profundo de alegría y corrió á lanzarse en los brazos de un hombre que entró en aquel momento. Yo me sentí desfallecer de sorpresa y de dolor. Pude reconocer á aquel hombre perfectamente. Era Ernesto Marsal.

Como para que no pudiera dudar, oí en aquel punto la voz de Constanza, dulce como nunca y entrecortada por los sollozos:

—¡Perdóname, Ernesto; dime por Dios que me perdonas!

La voz del loco, del barco noruego, resonó en mi corazón con estas palabras, llenas de melancolía y dignidad:

—No era á tí, mi pobre Constanza, á quien tenía que perdonar el daño que se me hizo.

Constanza inclinó la cabeza sobre un hombro del caballero, y lloró silenciosamente, al comprender en la triste melancolía de Marsal, que aludió éste á su padre.

A todo esto, podéis figuraros el papel que yo haría. Mi sorpresa cedió bien pronto; el velo se descorrió ante mí, súbitamente: pude comprender entonces el motivo de las malignas miradas y sonrisas de mi señora parienta; pensó vengarse y se vengó verdaderamente: la vida me fué odiosa en aquel momento; pa-

saron por mi imaginación todas las escenas ocurridas entre Constanza y yo desde que nos conocimos; sus inquietudes además, sus indecisiones, sus deseos de hablarme que yo nunca me expliqué, su silencio, sus alegrías, su dolor cuando yo dije que no me gustaba su futuro, y sus embelesos contemplando el mar; si una noche me dijo que no le recordase nunca la locura de Marsal, no fué porque le hubiera olvidado, sino por el dolor que le daba: en el jardín, ó en el salón, estuvo muchas veces, para decirme que era con Marsal con quien iba á casarse, pero siempre la contuvo un gesto, ó una señal de mi tía, á quien respetaba y obedeció desde su niñez como á su mismo padre. Cuando en el jardín, me miró colérica aquella misma

noche y se alejó como si me despreciara, por que la dije que tal vez se arrepentiría de casarse con aquel hombre, fué porque creyó que aludí á Marsal, vituperándola porque iba á casarse con él; pero se conmovió mucho al recuerdo de que no era con Marsal con quien yo creía que se casaba. Cuando nos interrumpieron los gritos de la implacable tía, iba á revelármelo todo, pero pesó aun sobre ella la prohibición de la otra; en el instante mismo en que Marsal entró, iba también á descorrer el velo, y la misma presencia de Marsal fué lo único que pudo contenerla.

Esa fué la explicación que tuve de Constanza; me habló temblorosa, palpitante, con rubor unas veces hasta lo blanco de los ojos, sonrien-

do otras y mirando á Marsal á través de sus lágrimas.

—Y todo ¿porqué?—dije, mirando á mi tía con profundo encono: ¡por qué esta señora ha querido vengarse ya lo prometió: ha querido vengarse de su sobrino, por creer que yo atendí más á V. que á ella.

—Eso no, exclamó mi tía de repente, mirándome con orgullo; no fué venganza, fué castigo por haber dudado desde el primer instante de la belleza de alma y de la santidad de esta criatura. Lo del principio fué una broma, que yo podía y quise darte; pero cuando comprendí después tus dudas, me indigné, y procuré mantenerte en ellas, para que tu castigo fuese mayor.

Yo incliné la cabeza avergonzado; más que avergonzado, llena el alma de dolor profundo.

Constanza entonces, se aproximó á Marsal y le dijo vivamente, atrayéndole hacia mí:

—Ya habrás comprendido que este caballero es, el Sr. Guzmán y Ponce de León.

Marsal me tendió la mano y yo alargué la mía maquinalmente, sin levantar la mirada; no me atreví: Constanza siguió de este modo con su voz más dulce:

—Perdóneme V., amigo mio: en mi afán de explicar todo lo que sucedió, olvidé presentarle á su antiguo amigo del barco noruego.

Entonces levanté la vista; Marsal me miró profundamente, y me habló así:

—Constanza me escribió detalle por detalle, todo cuanto V. ha sufrido por defenderme, creyendola

desleal. ¡Gracias, amigo mío! sus dudas de V. le hacen más noble á nuestros ojos, porque son prenda de su rectitud y de su afecto hacia Constanza y á mí.

Al decir esto, ví que sus ojos se humedecían por la emoción. Miré á la señorita de Contreras, y estaba llorando también. Miré á mi tía y lloraba igualmente. Vaya por Dios .. ¡qué tiernas tenía allí las lágrimas todo el mundo!

Yo era el único que no lloraba. ¡Llorar! hubiera mordido en aquel instante, como un perro hidrófobo. ¡Vaya un corage, santo Dios! Un corage.... y un dolor profundo que me hacía pedazos el pecho. Sentí de pronto un golpecito en la espalda, y volví la cabeza rápidamente, como si ya hubiese llegado el instante

de empezar á mordiscos. Me encontré con mi hermana; con aquel lindísimo diablo de ojos y cara de cielo.

—Ola, señor hermanito, díjome sonriendo burlonamente: ¿Qué tal os pareció la lección?—¡También! ¡También tenía ella los ojos llenos de lágrimas.

—¡Cómo! ¿estás aquí? exclamé asombrado.

—¡Ya lo creo! ¡Tú que te figuraste! ¡Como que yo era del complot, y sabía todo lo que era preciso saber! Así, por malo, para que no vuelvas á figurarte nunca que á una mujer que ama de verdad se ofende de ese modo!

No pude contenerme y lloré también; ya era tiempo y había motivo. Abracé á la niña y le llené la frente de besos.

¡Ella no era mala tampoco!



XIII

MARSAL me entregó una carta del capitán de los pelos *amarillos*: era contestación á la que le escribí en Cádiz, y me dió allí cuenta de su repentina marcha á Barcelona: el Doctor había encontrado con profunda satisfacción en el loco, los síntomas por que suspiró tanto tiempo. La cura fué ya instantánea: puso esta noticia en conocimiento de la señorita de Contreras, y se preparó la boda, en la que ya el padre

consintió. Todo esto ocurría en el tiempo que yo estuve junto á mi madre enferma.

Habíame salido á la galería que daba al jardin y allí quedé solo, para leer la epístola de mi amigo; los demás, seguían entregados á sus expansionses; confieso francamente, que lo de la lectura, fué un pretexto: quise quedar solo algunos instantes, porque sufría mucho. Volví la cabeza al sentir unas pisadas muy leves y me encontré con ella. La luna iluminó su rostro, como la noche en que la conocí. Sonreía como Dios, y las flores del jardin y los copos de espuma de las aguas, parecieron temblar de envidia de verla tan hermosa.

—¡Oh!—me dijo apagadamente,
—¡yo sufría mucho!—Nada más

habló; yó no la dejé; cojí sus manos, las cubrí de besos profundamente conmovido y las quemé con mis lágrimas.

—¡Siempre viviré con el remordimiento de haber dudado de una mujer buena!—dije.

—No, contestó dulcemente, usted no tuvo la culpa: yo le perdono y le quiero como á mi padre y á mis hermanos: acuérdesse V. de donde viene todo esto, y ojalá sirva á mi padre de enseñanza, como á V. y á mí nos servirá, la idea de las desdichas que puede traernos un falso testimonio. *Calumnia, que algo queda*, dice el adagio; nosotros estamos limpios, pero quedó alguna cosa: á Marsal y á mí, la tristeza de la acción de mi padre; y á V., la de haberme ofendido!

Esto dijo Constanza y se alejó:
el aire suspiró blandamente, tem-
blaron las flores en sus tallos, las
olas sacudieron sus espumas con
tristeza, y se ocultó la luna tras una
nubel

FIN

230

-AN

-misc

-LST

OBRAS DE MARTINEZ BARRIONUEVO

EL DECÁLOGO

AMAR A DIOS.	1,50	ptas.
NO JURAR.	1,50	—
SANTIFICAR LAS FIESTAS.	1,50	—
HONRAR PADRE Y MADRE.	1,50	—
NO MATAR.	1,50	—
NO FORNICAR.	1,50	—
NO HURTAR.	1,50	—
EL FALSO TESTIMONIO.	1,50	—

Para publicarse de **EL DECÁLOGO**:

LA MUJER AJENA

LA CONDESITA.	2	ptas.
EL SEPULTURERO DE ALDORA.	3	—
LA GENERALA.	3	—
LA QUINTAÑONES.	4	—
EL PADRE ETERNO.	4	—
SEÑORES DE SALDIVAR.	6	—
LOS GRANDES CRIMINALES, cuaderno semanal.	0-50	—
* ANDALUCÍA, edición monumental con más de dos mil grabados de los primeros artistas españoles, cuaderno semanal.	1	—

Para publicarse:

DE PURA SANGRE

LA VIRGEN. (Historia de una muchacha de este siglo).—Editor: Lopez Falcon, Madrid.
CÓMICA Y MÁRTIR.—Editor: Lopez, Barcelona.
EL AHORCADO DE CUESTA BLANCA.—Editor: R. Molinas, Barcelona.
MISERICORDIA.—Editor: Espasa y C.^a Barcelona.